The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

891.73
C51r

891.73

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513

1

L

le

Relato de un Desconocido

ANTON CHEJOV

RELATO DE UN DESCONOCIDO

1924
Editorial RENOVACION
LA PLATA

Relato de un Desconocido

I

A consecuencia de circunstancias que es obvio mencionar en este momento, tuve que ingresar como ayuda de cámara al servicio de un tal Orlov, empleado del gobierno en San Petersburgo.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, llamado Jorge Ivanitch.

Entré en su casa a causa del padre, el célebre hombre de Estado, a quien yo consideraba como enemigo empedernido de la causa a que me había consagrado. Viviendo en casa del hijo podría yo estudiar, probablemente, en sus menores detalles, por los documentos y cartas que hallase en su escritorio, los planes y las intenciones del padre.

Generalmente, a las once de la mañana, sonaba en mi cuarto el timbre eléctrico anunciándome

390005

haberse despertado mi amo. Cuando, luego, penetraba en su dormitorio con su ropa cepillada y limpio su calzado, hallaba a Jorge Ivanitch sentado en la cama, inmóvil, con aspecto más de fatiga que de sueño. Tenía los ojos fijos ante sí y no demostraba la menor satisfacción de su despertar.

Ayudábale yo a vestirse y él se sometía a mis movimientos en silencio, maquinalmente, sin parecer notar mi presencia. Después, con la cabeza húmeda todavía por las abluciones y oliendo a frescos perfumes, pasaba al comedor.

Una vez sentado a la mesa tomaba el café, daba una ojeada a los periódicos, en tanto que Paulina, la doncella, y yo permanecíamos respetuosamente al lado de la puerta y le mirábamos beber. ¡Dos seres humanos, y ya de cierta edad, miraban a un tercero tomar café con bizcochos! Esto no puede menos que parecer estúpido y ridículo; pero entonces yo no veía nada humillante para mí en aquella obligación de permanecer allí, aunque fuera yo de tan noble origen e igualmente instruído que Orlov.

Mi tisis empezaba ya a apuntar, y, con ella, otra cosa quizá más grave que la enfermedad misma.

¿Sería efecto de la enfermedad, que ya hacía progresos en mí, o efecto del cambio que se operaba en mis horizontes y del que no me percataba aún? Cada día me invadía más el deseo violento, apasionado, de una existencia apacible, tranquila. Aspiraba a la quietud del alma, a la

buena salud, al aire puro, a la buena comida... Tornábame soñador y, como todos los soñadores, no sabía a ciencia cierta lo que necesitaba.

Ahora quería retirarme a un monasterio y permanecer días enteros sentado junto a la ventana, con los ojos errantes por los árboles y su campiña; otrora me veía comprando algunos acres de terreno y llevando vida de caballero rural; o bien decidía estudiar alguna ciencia para conseguir — infaliblemente — ser nombrado profesor en alguna facultad de provincia.

Había sido alférez de navío: así, pues, pensaba en el mar, en nuestra escuadra, en la corbeta en la cual di antes la vuelta al mundo. Tenía ganas de experimentar una vez más la inexplicable sensación que se percibe, cuando, al pasear por una selva tropical o al contemplar una puesta de sol en el golfo de Bengala, parece que se muere uno de éxtasis y, al mismo tiempo, se padece no sé qué angustia al pensar en su propia patria. Soñaba con montañas, con mujeres, con músicas, y, en atenta curiosidad, cual un niño, observaba las fisonomías y escuchaba las voces.

Y cuando permanecía junto a la puerta viendo a Orlov tomar el café, yo no creía ser un criado, sino un hombre que se interesa por todo el mundo, hasta por un Orlov.

El aspecto de Orlov era el de un natural de la capital rusa: estrecho de hombros, espalda larga, sienes huesudas, ojos de color indefinido, vegetación rara y deslucida en la cabeza y en el rostro. La cara estaba cuidada y era bastante antipática.

Era particularmente desagradable cuando meditaba o dormía. No creo muy útil describir un exterior ordinario: San Petersburgo no es España, y la apostura no desempeña allí gran papel, ni aun en cuestiones de amor, y casi no sirve más que a los lacayos y cocheros de buena casa. Si he mencionado los cabellos y facciones de Orlov, débese a que en su aspecto general había algo que merece señalarse, y era lo siguiente:

Cuando Orlov abría un periódico o un libro, cualesquiera que fuesen, cuando entablaba conversación con una persona, fuera también la que fuere, sus ojos comenzaban a chispear de ironía y toda su faz revestía una expresión de burla ligera y sin maldad. Y aun antes de abordar una conversación o una lectura ya tenía pronta la ironía, como tiene pronto el escudo el salvaje. Dicha expresión le era habitual, y, en la época en que le conocí, le asomaba ya a la fisonomía, sin intervención de la voluntad, al parecer por reflejo.

Por la tarde, y conservando siempre su máscara risueña, cogía Orlov una carpeta llena de papeles y se encaminaba a su oficina.

Cenaba fuera de casa y no se le volvía a ver hasta las ocho. A esa hora encendía yo en su despacho una lámpara y bujías. El se sentaba en una butaca, con los pies en una silla; y leía en esa posición. Casi todos los días traía libros nuevos o se los mandaban los editores. Por todos los rincones de mi cuarto había libros de esos, franceses, ingleses, alemanes, sin contar los ru-

sos — que Orlov había ya leído y los había tirado. Leía con rapidez pasmosa. Ya conocéis el proverbio: "Dime lo que lees y te diré quien eres"... En general, acaso sea cierto; pero juzgar a Orlov por los volúmenes que leía era cosa realmente imposible. ¡Un verdadero laberinto! Leía de todo: filosofía, novelas francesas, economía política, hacienda, obras de poetas noveles, libros populares, — y todo lo devoraba con la misma celeridad, con igual ironía en los ojos.

Al dar las diez componíase con esmero, vestía a menudo de frac y rara vez de uniforme civil, y volvía a salir, no regresando hasta el alba.

El y yo vivíamos juntos, tranquila y pacíficamente, y no había entre nosotros desavenencia alguna. Por lo común no se enteraba de mi presencia y al hablarme dejaba su máscara: indudablemente, no me consideraba como ser humano...

Sólo le vi enfadado una vez. Era ésta a los ocho días aproximadamente de mi entrada en la casa. Había cenado él fuera y vuelto a eso de las nueve, con cara fatigada y descontenta. Como yo le siguiera a su cuarto para alumbrarle, me dijo:

—Aquí huele mal.

—No — repliqué; — el aire es puro.

—¡Te digo que huele mal! — repuso irritado.

—Pues lo ventilo todas las mañanas.

—¡Basta de observaciones, majadero!

Me sentí lastimado; iba a responder y sabe Dios cómo hubiera terminado aquello, de no ha-

ber intervenido Paulina, que conocía mejor que yo a su amo.

—¡Es que hay mal olor de veras aquí! — exclamó arqueando las cejas.

—¿De dónde saldrá?... ¡Stephane, abre los ventiladores de la sala y enciende la chimenea!

Empezó a lanzar exclamaciones, y luego, como muy atareada, recorrió las habitaciones con un pulverizador en la mano, sacudiendo con ruido las enaguas.

Mas Orlov continuaba de muy mal humor. Se contenía visiblemente para no dejar estallar la cólera. Se hallaba en su despacho, escribiendo rápidamente una carta. Después de trazar algunas líneas, profirió un sonido inarticulado que traducía su ira, y rompió el papel.

—¡Que se vayan al diablo!—gruñó—. ¡Me exigen una memoria sobrehumana!

Al fin terminó la carta. Levantóse y me dijo:

—Toma un coche y ve a la calle Znamenskaia a llevar esta carta a la señora Zenaida Fedorovna Krasnovskaia. Entrégasela en propias manos... Pero antes pregunta al portero si ha vuelto su marido, el señor Krasnovsky. Si ha regresado éste, no dejes la carta a nadie; me la traes... ¡Espera!... Si ella te pregunta si hay alguien en mi casa, dile que a las ocho han venido dos caballeros y que están aquí escribiendo.

Fuí a la calle Znamenskaia. El portero me dijo que el señor Krasnovsky no había regresado aún: por consiguiente, subí al tercer piso, en donde residían los Krasnovsky. Me abrió la puerta un

criado alto y grueso, de tez tostada y patillas pardas. Preguntóme, en el tono lento y grosero con que sólo un lacayo habla a otro lacayo, lo que deseaba. Aun no había tenido yo tiempo de contestar, cuando se acercó una señora.

—¿Está la señora Zenaida Fedorovna? — pregunté.

—Yo soy — contestó la dama.

—Le traigo una carta de Jorge Ivanitch.

Con movimiento de impaciencia rasgó el sobre y empezó a leer. Pude ver su blanco rostro, de líneas suaves, con barba algo prominente y pestañas largas y negras. Representaba unos veinticinco años a lo sumo.

—Dé las gracias de mi parte al señor — me dijo así que acabó la lectura—. ¿Hay alguien en casa de Jorge Ivanitch? — añadió con voz dulce y como avergonzada por formular una duda sobre este punto.

—Sí, señora—respondí—. Hay dos caballeros escribiendo.

—Pues bien, dé las gracias en mi nombre al señor.

Y, con la cabeza algo inclinada hacia a un lado, salió del vestíbulo con paso ligero, sin ruido, releyendo la carta.

Entonces veía yo pocas mujeres e interesóme mucho aquella dama que vi durante tres minutos. Al volver a pie a casa recordaba sus facciones, su delicado perfume, y me forjaba quimeras...

Cuando llegué ya se había marchado Orlov.

II

Vivíamos, pues, mi amo y yo, tranquila y apaciblemente.

No obstante, como temía convertirme en doméstico, había en mi posición algo de indecoroso que me torturaba diariamente.

Yo no simpatizaba con Paulina.

Era ésta una criatura entrada en carnes y repleta. Idolatraba a Orlov, por ser un amo, y a mí me odiaba, por ser un criado. Tal vez fuera seductora para un lacayo de verdad o un cocinero: tenía mejillas coloradas, nariz respingada, ojos rasgados, y estaba tan llena que parecía obesa. Se empolvaba, teñíase las cejas, apretábase el talle con el corsé, vestía a la moda y llevaba en la muñeca un brazalete de piezas de plata. Tenía paso vivaracho y brincador y, al andar, agitaba los hombros y las nalgas. El ruido de sus faldas, el crujido de su corsé, el retañir del

brazalete y aquella mezcla innoble de olores — arrebol, vinagre de tocador y perfumes robados a su amo — me producían, todas las mañanas, cuando limpiaba yo con ella el piso, la impresión de que en su compañía perpetraba yo no sé qué acto repugnante.

Ya fuera porque yo no robaba en connivencia con ella los objetos que se hallaban a nuestro alcance, ya porque yo no manifestara ningún deseo de ser su amante — lo cual quizá la ofendiese — o bien porque adivinase en mí a "un extraño", un hombre de esfera distinta a la suya, lo cierto es que me aborreció prontamente. Mi torpeza, mi aspecto, que no era el de un criado, y la enfermedad que ya padecía, se le antojaban miserables e inspirábanle un sentimiento lindante con la repugnancia. Yo tosía mucho, y, a veces, por la noche, turbaba su sueño, pues su cuarto y el mío sólo estaban separados por un delgado tabique. Por la mañana me decía:

—Tampoco me has dejado dormir anoche. No estás en condiciones de servir: debieras ir al hospital.

Distaba tanto de considerarme como hombre y tan convencida estaba de mi evidente inferioridad, que, cual aquellas matronas romanas que no se recataban lo más mínimo para bañarse en presencia de sus esclavos machos, presentábase a veces ante mí en camisa.

Un día, durante el almuerzo (todos los días nos traían de la fonda un potaje y un plato de car-

ne), hallándome de buen humor y un tanto idealista, le pregunté:

—¿Cree usted en Dios, Paulina?

—¡Desde luego!

—¿Cree usted, pues — proseguí —, que habrá un juicio final y que seremos llamados a responder ante el mismo Dios, de todos nuestros malos actos?

Quedóse en silencio y dejó ver un mohín de desprecio. Entonces, examinando sus ojos cínicos y fríos, comprendí que en aquella alma, tan completa a su manera, no había ni Dios, ni fe ni ley, y que si yo tuviera que matar, robar o incendiar, no hallaría mejor cómplice, por dinero, que aquella mujer.

No estaba acostumbrado a que me tuteasen de aquel modo, ni tampoco a mentir constantemente, como había que hacerlo a cada paso en mi nuevo empleo; a decir, por ejemplo: "El señor ha salido", cuando estaba en casa.

Al principio fué muy difícil mi existencia en casa de Orlov: la librea de lacayo me pesaba como una armadura.

Luego me acostumbré. Servía a la mesa como verdadero criado, limpiaba la casa y hacía toda clase de recados. Si Orlov no tenía ganas de ir a casa de Zenaida Fedorovna o bien si olvidaba que le había prometido una visita, yo corría a tomar un coche y llevaba a la calle Znamenskaia una carta, que entregaba en propias manos a la destinataria añadiendo alguna mentira.

En definitiva, no había conseguido mi objeto:

no era eso lo que yo esperaba al convertirme en ayuda de cámara. Cada día de mi nueva vida era perdido, tanto para mi causa como para mí mismo. Orlov no hablaba nunca de su padre ni tampoco hablaban de él sus visitas. Cuanto yo conocía de aquel hombre de Estado, de sus actos y gestos, sabíalo por los periódicos y por mi correspondencia con mis compañeros. Los cientos de cartas y papeles que se amontonaban en el escritorio de Orlov y que yo leía, no tenían la más remota relación con lo que buscaba. Orlov se cuidaba muy poco de los actos de su padre, no obstante ser célebres. Parecía no haber oído decir nunca nada, y se conducía como si su padre hubiera muerto mucho tiempo atrás.

III

Los jueves recibíamos gente.

Encargaba yo a una fonda un buen trozo de carne asada y telefoneaba a una tienda para que nos enviasen ostras, cabial, queso, etc. Compraba naipes. Paulina preparaba temprano el servicio de te con todo lo necesario para la cena En verdad, semejante agitación daba cierta variedad a nuestra vida ociosa, y los jueves eran nuestros días preferidos.

Los visitantes no eran más que tres.

El personaje de más importancia y, después de todo, el más interesante de los tres, era un tal Pekarsky, hombre alto, delgado, de unos cuarenta y cinco años de edad, con larga nariz aguileña, barba negra, espesa, y frente bastante despejada; tenía ojos grandes y fisonomía seria, grave, como la de un filósofo griego. Administrador de una compañía de ferrocarriles y conse-

jero de una gran oficina pública, estaba además en relaciones comerciales con multitud de gente, en calidad de tutor, de liquidador, etc. Su puesto en la jerarquía social no era muy importante, él mismo se llamaba modestamente "abogado"; pero ejercía enorme influencia. Bastaba una simple tarjeta o dos palabras suyas para que un médico célebre os recibiese antes de vuestro turno, o para tener fácil acceso ante un ingeniero jefe de cierta compañía o ante cualquier otro funcionario. Decíase que por mediación suya podía obtenerse un cargo equivalente al de gobernador, o bien, en otro orden de ideas, ahogar un escándalo enfadoso.

Pasaba por hombre de gran inteligencia, pero su cerebro era particular y raro. Podía multiplicar instantáneamente con la cabeza números como 213 por 373 o reducir libras esterlinas a marcos sin recurrir al lápiz; conocía a fondo la banca, las líneas férreas, y no tenía secretos para él cuanto concierne a las más diversas administraciones; como abogado de causas civiles pasaba por uno de los más duchos, siendo difícil luchar contra él.

A pesar de esto, había muchas cosas que tan notable inteligencia no llegaba a comprender, y que, sin embargo, comprenden hasta muchas gentes de cortos alcances. Así, no lograba explicarse por qué los hombres pueden disgustarse, llorar, levantarse la tapa de los sesos y hasta matar al prójimo, por qué se dejan conmover o agitar por hechos que no les atañen personalmente,

por qué ríen al leer a Gogol o a Tchedrine... Todo lo abstracto, todo cuanto depende del sentimiento o del pensamiento, era cosa muerta para él y le parecía fastidioso, como parece fastidiosa la música para el que no tiene oído.

Juzgaba a los hombres solamente desde el punto de vista de los negocios y los dividía en capaces e incapaces. No admitía otras categorías. "La honradez y la distinción no son sino elementos secundarios de la capacidad. Puede uno divertirse, entregarse al libertinaje, jugar a los naipes, con tal que no se resientan de ello los negocios... Creer en la existencia de Dios no es muy difícil; y la religión debe tener salvaguardia: porque hace falta un principio, un freno moral para el pueblo, el cual, de no ser por ese freno negárase a trabajar... Los castigos no tienen más objeto que asustar... Es inútil pasar el verano en el campo, pues se está lo mismo en la población...", etc. Era viudo y no tenía hijos; pero llevaba boato de casado y habitaba una casa de tres mil rublos anuales.

El segundo visitante, Koukouchkine, funcionario joven aun, pero ya de elevada categoría, era de estatura inferior a la mediana, con cara exigua y flaca, al tiempo que tenía, por el contrario, el cuerpo grueso y como hinchado. Debido a semejante contraste, su rostro ofrecía una expresión completamente desagradable. Tenía boca pequeña y redonda, bigotes muy recortados que parecían postizos. Era un hombre con movimientos de lagarto. Nunca entraba en un cuarto, sino

que se deslizaba, dando pasos cortos, muy cortos, balanceándose sobre sus piernas y lanzando carcajadas de satisfacción. Cuando se reía de veras, una contracción le dejaba al descubierto todos los dientes. Estaba agregado a un alto funcionario, con delegaciones especiales, y no hacía nada, aunque cobraba buenos emolumentos, sobre todo en verano, época en que se inventaban para él fructuosas misiones.

Era "arrivista" hasta la médula, hasta la última gota de sangre; pero "arrivista" de una clase vulgar y como reducida, poco seguro de sí mismo, y que fundaba su fortuna en una especie de limosnas. Por obtener una insignificante condecoración extranjera, o para que lo citasen los periódicos como concurrente a cualquier entierro o a cualquiera ceremonia religiosa entre personajes de importancia, era capaz de toda humillación, de toda bajeza, de la mayor adulación.

Por cobardía adulaba a Orlov y a Pekarsky, en quienes veía a hombres poderosos; nos adulaba también a Paulina y a mí, porque estábamos al servicio de un hombre influyente. Siempre que yo le ayudaba a quitarse el abrigo, me preguntaba risueño:

—¿Estás casado, Stephane? ¿eh?

Tras lo cual me decía suciedades, en prueba de su benevolencia particular para conmigo.

Halagaba las debilidades de Orlov, su corrupción moral, su aspecto de agotado. Para complacerle, las echaba de burlón y de ateo, denigraba ante él a cuantos en otra parte alababa

servilmente. Si durante la cena se hablaba de mujeres, ensalzaba a los libertinos sutiles y delicados.

Hay que decir que, en general, a los burgueses de San Petersburgo les agrada extenderse respecto de sus extraños gustos. Los hay que, gozando de elevada posición, tienen de sobra con las caricias de su cocinera o de alguna desgraciada meretriz de las que pasean por la perspectiva Nevsky. Pero, al oirles hablar de ellos mismos, creyérase que se entregan a todos los vicios de Oriente y de Occidente y que están afiliados a una docena de círculos vigilados por la policía. Por esta razón Koukouchkine relataba de sí mismo las más impúdicas mentiras. No le creían, y escuchaban sus cuentos sin prestarles la menor atención.

Finalmente, la tercera visita se llamaba Grouzine. Era hijo de un general sabio y respetable. Tenía la edad de Orlov. Era rubio, miope, y llevaba lentes con montura de oro. Recuerdo sus largos cabellos, sus dedos afilados y blancos, semejantes a los de los pianistas. Además, en toda su figura había algo de músico, de artista. Tipos muy parecidos tocan con frecuencia en las orquestas el primer violín. Tosía, padecía jaquecas, tenía aspecto mezquino, enfermizo. Seguramente en su casa tendrían que vestirle y desnudarle como a un niño.

Había estudiado en la facultad de derecho, empezando luego su carrera en una oficina dependiente del ministerio de Justicia. Después encontró

empleo en el Senado. Lo dejó por un destino en un ministerio y éste, a su vez, por otro. Cuando le conocí era subjefe de negociado en la oficina de Orlov; pero ya hablaba de dejar ese cargo para volver al ministerio de Justicia. Juzgaba con rara ligereza sus funciones y peregrinaciones de funcionario público, y si se hablaba ante él, en el tono formal que el asunto requiere, de ascensos, sueldos y condecoraciones, sonreía benévolamente, diciendo:

—¡Nada hay en el mundo mejor que los empleos del gobierno!

Tenía una mujer, criatura de rostro arrugado, muy celosa, y cinco hijos flacuchos. Engañaba a su mujer y no se acordaba de sus hijos sino cuando estaba con ellos. En resumen, era bastante indiferente para con su familia y se burlaba un poco de ella. Iba viviendo, contrayendo deudas por todas partes, pidiendo dinero siempre que podía, hasta a sus jefes y aun a los porteros.

¡Naturaleza indolente, perezosa hasta la apatía y que se extraviaba sin saber dónde ni por qué, siguiendo a todo el que quisiera guiarle! Si le conducían a cualquier guarida, a ella iba. Si colocaban vino ante él, bebía; si no se lo ponían, prescindía de él tranquilamente. Si murmuraban en su presencia de las mujeres, murmuraba de la suya, asegurando que le había estropeado la vida. Si alababan a las mujeres, él ponderaba la suya, diciendo sinceramente:

—La adoro.

No tenía pelliza, y en invierno lucía una escla-

vina que parecía de niño. Cuando, durante la cena, quedándose súbitamente pensativo, hacía bolitas de pan y, distraídamente, bebía demasiado vino, sentía yo que había algo en aquel hombre, algo que tal vez notara él vagamente, pero de lo cual le impedían percatarse bien la agitación y las triviales mezquindades de su vida.

Tocaba un poco el piano. A veces sentábase ante el instrumento, daba delicadamente tres o cuatro acordes y cantaba, en voz baja:

¿Qué me reserva el día de mañana? (1)

Pero, en el acto, como espantado, levantábase y se apartaba del piano.

Nuestras visitas venían generalmente a las diez. Instalábanse en el despacho de Orlov y jugaban a las cartas, en tanto que Paulina y yo les servíamos té. Ahí es donde pude apreciar todos los encantos de la condición de criado. Permanecer en pie durante cuatro o cinco horas junto a la puerta, velar porque las copas vacías se llenen de nuevo al instante, renovar los ceniceros, precipitarse a la mesa para recoger un naipe o un trozo de tiza caídos al suelo, y, sobre todo, estar de pie y atento sin atreverse a decir una palabra, ni a toser, ni a sonreir: os aseguro que esto es más rudo que la más dura labor del labriego. En otros tiempos me ocurrió tener que hacer guardia en el puente de un navío, en noches de tem-

(1) Célebre frase de la ópera "Eugenio Oneguine" de Tchaikowsky, sacada de la novela de Pouchkine.

pestad. Pues bien, esto era, sin comparación, mucho más penoso.

Jugaban a la baraja hasta las dos, a veces hasta las tres; luego pasaban al comedor para cenar o, como decía Orlov, para "tomar un piscolabis". En la mesa hablaban.

Orlov era quien solía iniciar la conversación, con ojos reídores, acerca de alguna persona de sus comunes relaciones, o sobre un libro recién leído, sobre el ascenso o la permuta de algún dignatario importante o sobre un proyecto de ley.

Inmediatamente ponderaba el adulador Koukouchkine, y empezaba entonces una contradanza de palabras que, en mi estado de ánimo, se me antojaban repugnantes. La befa de Orlov y sus amigos no tenía límites ni perdonaba a nadie. Reíanse de todo: de la religión, de la filosofía, del objeto y la dirección de la vida, del pueblo; nada respetaban. En San Petersburgo hay mucha gente que bromea sobre cuanto concierne a la vida y que no puede contener sus bromas, ni aun en presencia de un famélico o de un suicida. Orlov y sus amigos no bromeaban: se mofaban. Decían que Dios no existe y que la personalidad humana cesa para siempre con la muerte: ¡en cuestión de inmortales no hay más que los de la Academia francesa, y aún esos!... El verdadero bien no existe ni puede existir, porque implica la perfección humana: y ésta es mera entidad lógica. Rusia es un país tan pobre y aburrido como Persia. Los intelectuales rusos son gentes lamentables: para Pekarsky eran, en

la enorme mayoría de casos, gentes "incapaces" y que no servían para nada. El pueblo está alcoholizado, es degenerado, perezoso y ladrón. No tenemos ciencia; nuestra literatura es tosca; nuestro comercio se basa en el fraude y en el principio de que "hay que engañar para vender provechosamente". Etc., etc.... burlándose siempre de todo.

Hacia el fin de la cena, el vino bebido daba impulso más alegre a las inteligencias y un matiz más ligero a la charla. Se comentaba en guasa la vida de la familia de Grouzine, las victorias amorosas de Koukouchkine y una libreta de gastos de Pekarsky, en la que frente a una hoja encabezada con la inscripción: *Para obras pías,* se abría otra cuenta titulada: *Para las necesidades fisiológicas.* Decían que no hay esposas fieles ni mujeres cuyos favores no puedan obtenerse con cierta habilidad, sin salir de la sala, a pesar de que, a dos pasos, se halle el marido trabajando en su despacho. Las niñas no ignoran hoy nada. Orlov conservaba una carta de una colegiala, chicuela de catorce años, en la que decía haber acompañado a su casa a un oficial que encontró al salir del instituto y que había permanecido con ella hasta la caída de la tarde: se había apresurado a contar sus impresiones a una amiga suya.

Decían que nunca ha existido la pureza de las costumbres y que, evidentemente, es inútil. La humanidad ha prescindido de ella hasta ahora. En cuanto al mal causado por lo que se ha convenido en llamar libertinaje, es indudablemente

muy exagerado. Cierto vicio contra la naturaleza, que nuestro código castiga, no impidió que Diógenes fuera maestro y filósofo. ¿No eran grandes hombres César y Cicerón, no obstante su libertinaje? El viejo Catón casó con una mujer muy joven; pero continuó siendo considerado como hombre de costumbres rígidas y como censor de la moralidad.

A eso de las tres o las cuatro marchábanse los visitantes. A veces Orlov iba con ellos a casa de una tal Varvara Ossipovna, a la calle de los Oficiales.

Entonces me trasladaba yo a mi cuarto y estaba largo rato sin poder cerrar los ojos, por causa de mi tos.

IV

Una mañana, a las tres semanas próximamente de mi entrada en casa de Orlov, llamaron a la puerta. Me acuerdo que era un domingo. Aun no habían dado las once; Orlov estaba todavía durmiendo.

Salí a abrir. Figuraos mi estupefacción al ver en la meseta de la escalera a una dama velada.

—¿Está Jorge Ivanitch? — preguntó.

En la voz reconocí a Zenaida Fedorovna; ¡le había llevado tantas cartas a la calle Znamenskaia!

Ya no sé si le respondí o no: su aparición me había turbado. Por lo demás, creo que no necesitaba respuesta: en un abrir y cerrar de ojos deslizóse delante de mí. Invadiendo toda la antesala con su perfume, que todavía recuerdo hoy muy bien, penetró en el piso y no tardó en desaparecer a lo lejos el ruido de sus pasos.

Por espacio de media hora no volví a oir nada. Luego llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez era una joven bien puesta, probablemente alguna doncella de casa rica, la cual, ayudada por nuestro portero, tan cansado como ella, traía dos maletas y un gran baúl de mimbre.

—Esto es para Zenaida Fedorovna — declaró la joven.

Y se volvió a marchar sin añadir una sola palabra.

Todo aquello era misterioso e inducía a sonreir maliciosamente a Paulina, que tenía religioso respeto hasta para los caprichos de su amo. Parecía querer decir: "¡He ahí cómo somos nosotros, los buenos tenorios!..." Y todo el tiempo andaba de puntillas.

Al fin oyéronse otra vez los pasos ligeros. Zenaida Fedorovna entró en el vestíbulo, que yo atravesaba para ir a mi cuarto, y me dijo:

—¡Stephane, lleva a Jorge Ivanitch su ropa!

Cuando penetré en el cuarto de Orlov con sus vestidos y calzado, le vi sentado en la cama, con las piernas pendientes y los pies en la alfombra de piel de oso. Toda su actitud revelaba confusión. El no me veía, se cuidaba muy poco de las impresiones mías, de un lacayo: así es que sólo estaba confuso ante sí mismo, ante su propia "mirada interna". Se vestía, se lavaba, manejaba los peines y cepillos lenta y silenciosamente, como para tener tiempo de reflexionar bien acerca de la situación y de comprenderla claramente.

Hasta en su espalda se revelaba su turbación y el descontento de sí mismo.

La dama y él tomaron café juntos. Zenaida Fedorovna habíalo vertido en las dos tazas; luego, apoyada de codos en la mesa, dijo riendo:

—¡Trabajo me cuesta imaginar que estoy aquí! Después de viajar durante mucho tiempo y de llegar a una fonda, se niega una a creer que ya no tiene que tomar el tren... ¡Cuán agradable es lanzar un suspiro de alivio!

Y cual una chiquilla que arde en deseos de cometer una niñada, dejó escapar un suspiro y volvió a reirse.

—Dispénsame — dijo Orlov, señalando con la cabeza los periódicos—. Tengo la costumbre irresistible de leer mientras desayuno. Pero sé hacer dos cosas a la vez: no sólo leer, sino también escuchar.

—¡Claro está!... Lee, lee, te lo ruego... Tu libertad y tus costumbres deben permanecer intactas... Pero, dime, ¿por qué tienes cara tan compungida? ¿Estás siempre así por la mañana o sólo te ocurre eso hoy?... ¿No estás contento?

—¡Al contrario! Pero confieso que estoy algo confuso.

—¿Por qué? Ya has tenido tiempo de prepararte para mi irrupción: ¡harto te he amenazado todos los días!

—Sí; mas no esperaba ver ejecutada tu amenaza precisamente hoy.

—¡Tampoco lo suponía yo!... Pero más vale

así. Sí, más vale así, querido mío. Una muela mala se arranca de un tirón... y se acabó.

—Sí, es cierto.

—¡Ah! querido mío — dijo Zenaida bajando los párpados—. No hay mal que por bien no venga. Pero para llegar a este bien ¡qué de miserias! Me ves alegre, pero no hagas mucho caso. Estoy contenta, ¡pero tengo más ganas de llorar que de reir! Ayer tuve que sostener un verdadero asalto — prosiguió en francés—. ¡Dios sólo sabe cuánto me ha costado! Mas me río porque no llego a convencerme de que todo es verdad. Me parece que estoy aquí tomando café contigo, no en realidad, sino en sueños.

Luego, también hablando en francés, relató las peripecias de la explicación que tuvo la víspera con su marido, de quien se había separado definitivamente. Contó que su esposo sospechaba de ella de tiempo atrás; pero que evitaba toda conversación sobre este punto. Mediaban discusiones entre ambos, y hasta a menudo; pero, en el instante de más acaloramiento, el marido callaba de pronto y volvía a su despacho para no exponerle sus sospechas en la excitación de la disputa ni darle a ella pie para declararle todo. Sin embargo, Zenaida, sabiéndose culpable para con él y sintiéndose débil, sin fuerzas para un acto atrevido y grave, padecía tormentos infernales; odiábase a sí misma y odiaba a su marido cada día más. Pero, la víspera, en el curso de una nueva disputa, como él le dijera con voz llorosa: "¿Cuándo acabará esto, Dios mío?" y se retirase

a su gabinete, corrió ella tras él, como tras el ratón el gato, e impidiéndole cerrar la puerta, le gritó que le aborrecía con toda su alma. Al oir esto la recibió allí el marido, y, en el acto, confesó Zenaida todo: amaba a otro, a quien consideraba como su verdadero y único esposo legítimo, y creía que su deber — deber de conciencia — era irse inmediatamente a vivir con el amado, a lo cual estaba dispuesta a pesar de todo y de todos, aunque la matasen...

—Eres muy romántica — dijo Orlov, sin apartar del periódico los ojos.

Zenaida rió y continuó la narración, sin tocar su taza. La animación le teñía de púrpura las mejillas: turbóse ella a su vez. De cuando en cuando nos dirigía a Paulina y a mí miradas ligeramente confusas.

La continuación de su relato me indicó que su marido la había contestado con reproches, con amenazas, y, finalmente, con lágrimas. Más propio hubiera sido decir que no fué ella, sino él, quien había sufrido un verdadero asalto.

—Mira, querido — decía la dama, — en tanto que mis nervios permanecieron en tensión todo fué bien. Pero al llegar la noche sentí flaquear mi energía. Tú, Jorge, no crees en Dios. Yo, sí, un poco, y temo el castigo. Dios nos exige paciencia, magnanimidad, abnegación, y yo, como ves, me niego a tener paciencia y a padecer: quiero arreglar mi vida a mi manera. ¿Estará bien o estará mal, a los ojos de ese Dios?

"A las dos de la mañana mi marido vino a mi

cuarto y me dijo: "No tendrás la audacia de marcharte, de lo contrario haré que te vuelva a traer la policía, y ¡qué escándalo!..." Poco después, vuelve a mi puerta y me dice: "¡Perdóname!" Estas palabras me produjeron el efecto de un tocamiento grosero, y me trastornaron. Parecíame que empezaba ya mi castigo, temblé de miedo y lloré. Temía que se desplomase el techo sobre mi cabeza, que la policía viniese en mi busca, que tú dejases de amarme... ¡qué sé yo! Pensaba renunciar a mi dicha, hacerme monja o hermana de la caridad... Mas, de pronto, recordé que me amabas, que no tenía yo derecho a disponer de mi persona sin tu consentimiento. Entonces comenzaron a girar y a mezclarse ideas en mi pobre imaginación y, desesperada, no sabía qué hacer.

"Pero al salir el sol me volvió la alegría... Al instante vine a ti y aquí estoy... ¡Ah! ¡Pero qué tormentos! ¡Se me han agotado las fuerzas! ¡No he podido pegar los ojos estas dos últimas noches!

Estaba rendida y excitada a la vez. Hubiera querido dormir y hablar al mismo tiempo, hablar sin tregua, reir y llorar, e ir a comer a una fonda para saborear bien su libertad...

—Tienes un piso bonito; pero me temo que sea algo reducido para nosotros dos, — decía después de desayunar, recorriendo rápidamente todas las habitaciones. ¿Qué cuarto me das a mí? Me gustaría este, porque está al lado del tuyo.

A la una mudóse de traje en la habitación con-

tigua al gabinete de Orlov y que llamaba ya "su cuarto". Luego, salieron.

Durante el intervalo que separaba la comida de la cena recorrieron las tiendas. Todo aquel día tuve que abrir la puerta a recaderos y mozos llenos de paquetes. De ese modo trajeron un magnífico espejo giratorio, una mesa de tocador, una cama y un soberbio servicio de té, que no nos hacía falta alguna; luego llegó toda una familia de cazuelas, que colocamos Paulina y yo, una al lado de otra, en una tabla de nuestra cocina, vacía y fría. Al deshacer el paquete que contenía el servicio de té, brillaron los ojos de Paulina, y tres veces seguidas me dirigió ésta una mirada preñada de odio y temor, en donde se leía el miedo de que me anticipase yo a robar una de las preciosas tacitas. Trajeron también un escritorio de señora, muy caro, pero incómodo. Indudablemente, Zenaida Fedorovna pensaba instalarse con nosotros, definitivamente, como ama de casa.

Volvió con Orlov, dadas las nueve. Invadida por la orgullosa certidumbre de haber llevado a cabo un acto atrevido, poco común, enamorada con pasión y creyéndose amada apasionadamente, Zenaida Fedorovna parecía saborear de lleno su nueva existencia, probando anticipadamente un sueño largo y benéfico. Ebria de desbordante felicidad, apretábase con vigor sus propias manos, declarando que todo estaba admirablemente, y juraba amar siempre a Orlov... Y aquellos juramentos ingenuos, la certidumbre cándida, casi

pueril, de que era amada con ardor igual y no menos eterno, le quitaban cinco años de encima. Susurraba monadas seductoras y burlábase de sí misma.

Luego, queriendo recobrar su formalidad y decir algo grave e importante, exclamó:

—No hay bien superior a la libertad. ¡Y pensar que casi siempre se obra de un modo absurdo!... No atribuímos valor alguno a nuestras propias opiniones, por remotas que sean, y nos inclinamos ante la opinión de un imbécil. Yo, hasta el último instante, temía el qué dirán; pero decidí obedecer sólo mi propio impulso y no vivir más que a mi antojo, y de pronto, abrí los ojos y vencí mis necios temores; y he aquí que soy feliz, tan feliz, que desearía a todos la misma dicha.

Al poco rato se rompía el hilo de sus pensamientos y Zenaida hablaba de alquilar otra casa, de comprar carruaje y caballos, de emprender un viaje por Suiza e Italia... Orlov estaba cansado de recorrer tiendas y fondas; además, no había dejado de sentir la confusión ante sí mismo que yo observaba por la mañana. Sonreía, pero más bien por urbanidad que de contento; y cuando Zenaida decía algo en tono serio, accedía él, con voz irónica, exclamando:

—¡Ya! sí.

—Stephane — dijo de pronto la dama, dirigiéndose a mí, — procure buscarnos un buen cocinero.

—No corre ninguna prisa — interrumpió Or-

lov, mirándome fríamente—. Antes hay que instalarse en otro piso.

En su casa no había cocinero ni caballos, porque le preocupaba poco tener, como él decía, "la casa mal arreglada": nos soportaba por necesidad. Lo que se llama "un hogar" con sus indispensables mezquindades y alegrías, lastimaba los gustos de Orlov como si fuera trivial. Para él, tener en casa una mujer en cinta, tener niños, era una cosa vulgar, cursi.

Yo ansiaba saber cómo iban a vivir juntos, cómo se entenderían bajo un mismo techo aquellos dos seres tan diferentes: ella, a quien gustaba su hogar, que compraba cazuelas y soñaba con tener un buen cocinero y caballos; él, que tan de buena gana repetía a sus amigos que, en la casa de un hombre "limpio", no debe haber, al igual de los buques de guerra, nada inútil: ni mujer, ni chiquillos, ni batería de cocina...

V

Ved ahora lo que sucedió el primer jueves, después de la llegada de Zenaida Fedorovna.

Ella y Orlov cenaron aquel día en casa de Catón o de Donón (1). Orlov volvió solo. Zenaida Fedorovna había ido, según supe luego, a un barrio retirado, a casa de su antigua aya, en donde quería permanecer hasta que se marchasen nuestros contertulios. Orlov se cuidaba poco de enseñarla a sus amigos. Yo lo comprendí la mañana siguiente al segundo día, mientras tomaban el desayuno, al oir que Orlov le aseguraba que, para tranquilidad de ella, suprimiría las recepciones de los jueves.

Los tres amigos llegaron, como de costumbre, casi al mismo tiempo.

---

(1) Fondistas de moda.

—¿Está la señora? — preguntóme en voz baja Koukouchkine.

—No, señor — contesté.

Entró, con ojos relucientes, astutos, con una sonrisa misteriosa y frotándose las manos.

—¡Tengo el honor de darle mi enhorabuena! — dijo a Orlov, con su risita de vil adulación que le sacudía todo el cuerpo—. ¡Les deseo que crezcan y se multipliquen como los cedros del Líbano!

Las visitas penetraron en el dormitorio, hicieron algunas observaciones del caso acerca de las diminutas zapatillas, de la alfombra que separaba ambas camas y de una bata gris arrojada en una silla. Divertíales mucho ver al hombre obstinado, al hombre que despreciaba toda vulgaridad en amor, cogido del modo más simple y vulgar del mundo en las redes de una mujer.

—¡Ahora pagará usted sus burlas! — dijo Koukouchkine en antiguo eslavo.

Tenía la enfadosa manía de sacar a relucir viejos textos eslavos sacados de la liturgia.

—¡Chito! — prosiguió, acercándose un dedo a los labios, así que todos hubieron pasado del dormitorio al despacho de Orlov—. ¡Chito! Aquí es donde Margarita piensa en su Fausto.

Y soltó una carcajada, como si hubiera dicho algo graciosísimo.

Yo miraba a Grouzine, presumiendo que a su alma de músico ofendería aquella risa. Me engañaba. Su cara buena y delgada resplandecía de júbilo. En tanto que se sentaban a la mesa de

juego, dijo, tartajeando y como ahogado por su risa, que para la completa felicidad de "Jorgín" no le faltaba más que una pipa larga y una guitarra. Pekarsky se reía al unísono, pero con aspecto más moderado; no obstante, permanecía más bien preocupado, como para dar a entender que le desagradaba aquella aventura. No comprendía del todo lo que había sucedido.

—¿Y el marido? — preguntó, perplejo, cuando ya había jugado tres rublos.

—¡No sé! — respondió Orlov.

Pekarsky quedó pensativo, con la barba apoyada en los dedos. Calló hasta la hora de cenar. Luego, en la mesa, declaró lentamente, casi deletreando las palabras:

—Dispénsame, pero no os comprendo a ninguno de los dos... Estábais enamorados uno de otro, podíais violar hasta la saciedad el sexto mandamiento; muy bien, eso me lo explico... Pero ¿a qué iniciar en vuestros secretos al marido? ¿Era acaso necesario?

—¡Qué más da!

—¿Eh? — exclamó Pekarsky, quedándose otra vez pensativo—. En ese caso te diré lo siguiente— continuó concentrando visiblemente sus facultades para comprender algo que le era ininteligible—. Si alguna vez me caso y se te ocurre ponerme cuernos, procura que yo no me entere. Es mucho más honrado engañar a un hombre que estropear su vida y su reputación... Sí, sí; ambos creeis que viviendo juntos a la vista de todos obráis de una manera leal y moderna; pero yo

no puedo compartir ese... ¿cómo se llama?... ese romanticismo.

Orlov no contestó nada. Estaba de mal humor y no tenía ganas de hablar.

Pekarsky, perplejo aún, tamborileó un buen rato, con los dedos, en la mesa. Reflexionó y dijo:

—No, no; no os comprendo ni a uno ni a otro. Ya no eres estudiante y ella no es una modistilla. Ambos tenéis fortuna. Creo que podrías alquilarle un piso.

—No; no puedo. Lee a Turgueniev.

—No necesito leer a Turgueniev; ya lo he leído.

—Turgueniev enseña en sus obras que toda mujer superior y que piensa francamente, debe unirse al hombre a quien ama y acompañarle hasta el fin del mundo para servir su idea — dijo Orlov con cierto reflejo de ironía tras los párpados—.El fin del mundo es una licencia poética, por supuesto: el mundo entero, con todos sus extremos, cabe en la vivienda del hombre amado.. Por consiguiente, no vivir en la misma casa que la mujer amada, es negarle un papel elevado, es permanecer ajeno a su ideal... Sí, querido. Turgueniev ha escrito novelas; pero yo, en este momento, me veo obligado a salir del apuro...

—¿Qué tiene que ver Turgueniev en todo esto? No lo entiendo — dijo suavemente Grouzine encogiéndose de hombros—. ¿Recuerdas tus *Tres Encuentros,* Jorge? Se pasea de noche, tarde, por las calles de un pueblo italiano y, de pronto, oye cantar:

¡Vieni pensando a me segretamente!

Y Grouzine cantó a su vez esta frase.

—¡Es hermoso! — exclamó luego.

—¡Pero, en medio de todo, no habrá venido a instalarse en tu casa contra tu voluntad! — insistió Pekarsky—. ¡Tú lo habrás querido!

—¡Vaya! ¡Ahora soy yo quien lo ha querido!... Tan poco lo he deseado, que nunca creí siquiera posible la cosa. Cuando ella me indicaba que vendría a vivir conmigo, creía yo en una broma amable.

Todos rieron.

—¡No podía quererlo! — añadió Orlov, con el acento de un hombre a quien obligan a justificarse—. ¡Yo no soy héroe de Turguenlev, y si alguna vez me metiese a libertar algún pueblo oprimido (1) no se me ocurriría llevarme para ello el estorbo de una dama!... Considero el amor, en primer lugar, como una necesidad de mi organismo, necesidad baja y enemiga de mi espíritu. Hay que satisfacer el amor con discernimiento o bien ahogarlo en sí y renunciar a él: de lo contrario, introduce en la vida elementos tan malsanos como él mismo lo es. Para que el amor sea un placer y no un horror, yo procuro embellecerlo, intento adornarle de ilusiones. Yo no voy a ver a una mujer si no estoy previamente seguro de hallarla bella y seductora. Tampoco iré si no

(1) Alusión a una novela de Turgueniev.

estoy bien dispuesto intelectualmente. Sólo en estas condiciones lograremos engañarnos mutuamente y hacernos creer que nos amamos... Pero, ¿puedo tolerar en mi casa hileras de cacerolas y decidirme a contemplar una cabeza de mujer antes de que se peine? ¿O puedo, a mi vez, presentarme cuando aun no me he lavado o cuando estoy de mal humor?

"Por la sencillez de su alma, quiere Zenaida Fedorovna obligarme a querer aquello de que siempre he huído. Quiere imponerme una mudanza, tener caballos, contar mi ropa blanca, velar por mi salud. Quiere inmiscuirme constantemente en mi existencia, agregarse a cada uno de mis pasos, al tiempo que me asegura sinceramente que respetará mi libertad y mis costumbres.

"Está convencida de que, como dos recién casados, vamos a emprender en el más breve plazo un a modo de viaje de bodas; es decir, que también quiere estar a mi lado en el tren y en las fondas... Y en los viajes me gusta leer y detesto el hablar..."

—¡Sermonéala un poco! — dijo Pekarsky.

—¿Eh?... Sí, ¡si pudiera entenderlo!... Pero lo malo es, casualmente, que no tenemos el mismo modo de pensar. Para ella, dejar a su padre, a su madre o a su marido y seguir al hombre amado, es el más alto grado de la virtud cívica; ¡para mí eso es una chiquillada! Amar, entregarse, significa para ella comenzar una nueva existencia; para mí, no quiere eso decir nada. El

amor y el macho constituyen lo esencial en su vida: quizá sean estos en ella los efectos de la filosofía de lo inconsciente, que se manifiesta sin ella notarlo; ¡pero hazle entender, en esas condiciones, que el amor no es sino una simple necesidad, como la del vestido o del alimento; que no se hundirá el mundo porque haya malos maridos o esposas infieles; que muy bien se puede ser un tenorio, un libertino, y tener índole noble, cerebro de genio, y que, por otra parte, puede uno prescindir de los goces del amor y no por eso dejar de ser un animal estúpido y dañino!... ¡Sí, hazle entender todo eso! El hombre civilizado moderno, aun el que se halla en las últimas gradas de la escala social, como el obrero francés, por ejemplo, sólo gasta de cinco a diez sueldos diarios en la mujer, por término medio. Aplica su inteligencia y sus nervios al trabajo. ¡Zenaida dedica al amor, no sueldos, sino toda su alma! ¿Cómo quieres que le hable cuerdamente, en esas condiciones? Le echaré un sermoncillo, si quieres; pero, ¿sabes lo que me contestará? ¡Pues empezará a clamar que la he perdido, que le he destrozado la vida!

—No, no hay que hablarle razonadamente —dijo Pekarsky—. Basta alquilar un piso aparte para ella: Nada más.

—¡Eso se dice fácilmente!

Breve pausa.

—¡Sí, es guapa!—dijo Koukouchkine—. Es muy simpática... Las mujeres como ella creen que amarán siempre y se entregan con frenesí.

—Sí, pero eso no es razón para dejar de tener algo de juicio—replicó Orlov—. Hay que reflexionar. La larga experiencia que nos ofrece la vida cotidiana, como la que nos ofrecen también innumerables novelas y obras teatrales, nos convence, del modo más absoluto, de que todo concubinato y adulterio, por violento que pueda ser al principio, no dura apenas, entre gentes decentes, más de dos años o, por excepción, tres... ¡Y ella lo debiera saber!... He ahí la causa de que todas esas mudanzas de amor eterno y de eterna armonía de corazones, no son más que medios de engañarme y de engañarse a sí misma.

"Es guapa, es simpática. ¿Quién lo duda?... Pero, sea como fuere, lo cierto es que ha volcado el carro de mi vida y que me obliga a elevar al nivel de cosa seria lo que antes consideraba yo nimiedades.

"Me veo forzado a inclinarme ante un ídolo en quien nunca he visto una divinidad.

"Es guapa, es encantadora. Sin embargo, cuando vuelvo del ministerio a mi casa, siento no sé qué molestia o disgusto, como si esperase encontrar en ella algún trastorno: por ejemplo, a los fumistas demoliendo todas las estufas y llenando el piso de ladrillos amontonados y de polvo. En una palabra, yo no doy sueldos al amor, sino parte de mi tranquilidad y de mi sistema nervioso... Mala cosa.

—¡Y pensar que ella no entiende a este hombre terrible! — intervino, lanzando un suspiro,

Koukouchkine—. ¡Caballero—añadió con el tono más teatral, — yo voy a librarle del pesado deber de amar a esa exquisita criatura! ¡Voy a raptarle a Zenaida Fedorovna!

—¡Hágalo! — respondió negligentemente Orlov.

Koukouchkine se rió medio minuto, con su risa aguda, temblándole todo el cuerpo. Luego prosiguió:

—¡Sepa que no hablo en broma! ¡No vaya luego a echárselas de Otelo!

Se ponderó entonces el infatigable ardor de Koukouchkine en cuestiones de amor; se recordó cuán irresistible era para las mujeres y peligroso para los maridos, y lo mucho que lo tostarían para siempre en el otro mundo, entre ascuas, por su desordenada vida.

Koukouchkine callaba, bajando la vista y haciendo un gesto de amenaza con el dedo meñique, cuando pronunciaban el nombre de una dama que todos ellos conocían: ¡aquellos eran secretos femeninos que nunca se debían revelar!

De pronto sacó Orlov el reloj. Los demás comprendieron y se levantaron.

Grouzine, un tanto chispo, se vestía con lenta y desesperante torpeza. Por fin logró ponerse el abrigo, muy parecido a esas capas que las familias pobres arreglan para los niños; luego, alzándose el cuello, empezó a contar un cuento que nunca acababa. Pero viendo que nadie le atendía, echóse por los hombros la esclavina de niño y, con acento culpable y suplicante, rogóme que le diera su sombrero.

—¡Jorgín mío, ángel mío! — dijo con voz tierna a Orlov. ¡Esuche: venga con nosotros a ver mujerzuelas!

—Id vosotros; yo no puedo ya... Estoy casi casado.

—¡Oh! No le reprenderá ella. ¡Es tan buena! ¡Venga, mi querido y buen jefe! ¡Hace un tiempo magnífico, el aire es vivo y algo fresco! Debe usted distraerse; ¡es usted de un humor tan taciturno!

Orlov se desperezó, bostezó y miró a Pekarsky.

—¿Vienes? — le preguntó, indeciso.

—No sé... Si queréis...

—¿Y si me embriagase? ¡Eh! ¿qué tal?... ¡Bueno! ¡Voy! — dijo decidido Orlov, tras un momento de vacilación—. Esperad, voy a buscar dinero.

Entró en el despacho, seguido de Grouzine, que arrastraba la esclavina. Luego volvieron ambos a la antesala. Grouzine, algo ebrio y muy contento, arrugaba entre los dedos un billete de diez rublos.

—Mañana se lo devolveré—decía—. En cuanto a ella, es muy buena, y no se enfadará... Es madrina de mi Elisita; quiero mucho a esa pobre mujer... ¡Ah! querido amigo — exclamó de pronto, riendo y apoyando la frente contra la espalda de Pekarsky—. ¡Ah, Pekarsky, alma querida! Por muy abogado que seas, y a veses *abogadísimo,* por más que tengas el corazón seco como un palo, te gustan, sin embargo, las mujeres, ¿verdad?

—¡Las gruesas, sobre todo! — dijo Orlov, poniéndose la pelliza. Pero, démonos prisa, si no queremos encontrarla en la escalera.

—*¡Vieni pensando a me segretamente!*

cantó Grouzine.

Al fin salieron.

Orlov durmió fuera de casa y no volvió hasta la hora de cenar, al día siguiente.

VI

El relojito de oro de Zenaida Fedorovna, que su padre le había regalado en otros tiempos, desapareció.

Extrañóle tal desaparición y la causó malestar. Durante mediodía no hizo más que andar por los cuartos, azorada, registrando mesas y cajones. Pero el reloj estaba bien perdido, como caído al fondo del mar.

Poco después, al volver de una visita o de paseo, Zenaida Fedorovna dejó en la antesala el portamonedas. Afortunadamente para mí, no fuí yo quien ayudó aquel día a la joven a quitarse el abrigo, sino Paulina. Al volver Zenaida Fedorovna al vestíbulo para buscar el portamonedas, no lo encontró.

—¡Esto es extraño!—dijo, perpleja—. Sin embargo, recuerdo muy bien haberlo sacado del bolsillo para pagar el coche y haberlo dejado des-

pués aquí, junto al espejo... ¡Es raro! ¡es raro!

Yo no había robado; pero al oirla decir esas cosas, experimentaba la misma sensación que si realmente fuese yo el ladrón y me hubieran cogido con las manos en la masa. Hasta tal punto, que me asomaron lágrimas a los ojos.

En la mesa, Zenaida Fedorovna dijo a Orlov, en francés:

—En nuestra casa hay espíritus. Esta mañana olvidé el portamonedas en el vestíbulo. Acabo de encontrarlo en una silla de mi cuarto. Mas los espíritus no han hecho gratuitamente ese juego de manos; en remuneración de su trabajo se han guardado una moneda de oro y veinte rublos.

—¡Una vez desaparece tu reloj, otra tu dinero! —dijo Orlov—. ¿Por qué no me sucede a mí nada de eso?

Momentos después no se acordaba ya Zenaida de la jugarreta de los espíritus, y, riendo, contaba a Orlov que días atrás había encargado papel de cartas a su papelería; pero que, como se había olvidado de dar su nueva dirección, el tendero mandó el papel a su antiguo domicilio, en donde su marido tuvo que pagar la cuenta: ¡doce rublos!... Y, de pronto, detuvo la mirada en Paulina, fijándose en ella. Se sonrojó y turbóse de tal modo que tuvo que hablar de otra cosa.

Cuando serví el café en el gabinete, Orlov estaba junto a la chimenea, de espaldas al fuego, y ella sentada frente a él, en una butaca.

—No estoy de mal humor, no — decía la señora, en francés—. Pero cuanto más lo pienso, más

clara me parece la cosa. Podría decirte el día y la hora, sí, hasta la hora, en que ella me robó el reloj. Y en cuanto al portamonedas, no puede caber la menor duda.

Tomó la taza de café que yo le llevaba.

—¡Ahora — prosiguió, riendo — me explico por qué pierdo tan a menudo guantes y pañuelos! Tú dirás lo que quieras, pero mañana mismo despido a esa mujer y encargaré a Stephane que vaya en busca de Sofía, mi doncella... Esta no es ladrona ni tiene esa presencia desagradable.

—Estás de mal humor. Mañana te hallarás en mejor disposición de ánimo y reconocerás que no se puede despachar a nadie por el solo motivo de sospechar algo de él.

—Yo no sospecho: estoy segura de que es una ladrona—replicó Zenaida—. En tanto que sospechaba del proletario de cara lastimosa que está ahí, no decía yo una sola palabra... Siento mucho que no me creas, Jorge.

—El que no veamos ciertas cosas del mismo modo, no quiere decir que no te crea. Admitamos que tengas razón — repuso Orlov, arrojando al fuego la colilla; — ¿a qué viene enfadarse de ese modo? Declaro que no esperaba que mi casita con su gobierno te proporcionase tantos disgustos y tanta agitación. ¿Te falta una moneda de oro? ¡Vaya una cosa! Coge cien de mi cuarto, si quieres; pero variar el orden de mi casa, tomar nueva doncella, esperar que ésta se acostumbre, todo ello es largo y pesado y no está de acuerdo con mi genio... Nuestra actual

doncella es, en efecto, algo corpulenta, y tal vez tenga debilidad por los guantes y pañuelos; pero sabe servir, está acostumbrada y no protesta cuando por casualidad la pellizca Koukouchkine.

—En una palabra, no puedes separarte de ella... ¡Pues bien, debieras habérmelo dicho en seguida!

—¿Tienes por ventura celos?

—¡Sí, estoy celosa! — respondió Zenaida Fedorovna.

—Gracias.

—¡Sí, estoy celosa! — repitió ella, brillando lágrimas en sus ojos—. Además, no, no son celos lo que siento, es algo peor, algo que no sé designar con un nombre.

Apretóse las sienes y continuó:

—¡Sois, a veces, tan repugnantes los hombres!... ¡Esto es horrible!

—Yo no veo nada de horrible.

—No sé, yo nunca lo he visto; pero he oído decir que los hombres, ya de muy niños, empiezan por las criadas, y, por costumbre, no sienten luego repulsión alguna hacia ellas. No sé, no sé; pero también lo he leído... Probablemente tendrás razón, Jorge — prosiguió, acercándose a Orlov y dando a la voz inflexiones acariciadoras y suplicantes; — sí, en efecto, hoy estoy malhumorada. Pero comprende que no puedo menos: esa mujer me repugna y asusta; sólo el verla me molesta.

—¡Cómo! ¿No se puede uno elevar por cima de semejantes pequeñeces? — dijo Orlov, encogiéndose de hombros y separándose de la chimenea.

—Haz una cosa muy sencilla: ¡haz como si ella no existiera, así no te volverá a repugnar, y no tendrás que convertir en drama el menor incidente!...

Salí del gabinete y no sé cuál fué la respuesta de la joven. Sea lo que fuere, Paulina se quedó en casa. Pero, desde aquel día, Zenaida Fedorovna no volvió a dirigirle la palabra y se afanó por no recurrir a sus servicios. Estremecíase cuando Paulina le llevaba cualquier cosa o simplemente cuando pasaba ante ella haciendo sonar su brazalete.

Persuadido estoy de que si Grouzine o Pekarsky hubieran suplicado a Orlov que despidiese a Paulina, él lo hubiera hecho sin sombra de vacilación, sin tomarse siquiera la molestia de indagar el motivo de tal petición. Pero con Zenaida Federovna tenía, no sé por qué, empeño en demostrar, hasta en las circunstancias más fútiles, una terquedad casi rayana en despotismo. La cosa que agradaba a Zenaida Fedorovna, sabía yo de antemano que desagradaba a él. Cuando, al volver de recorrer tiendas, apresurábase ella a mostrarle sus compras, apenas daba él una rápida ojeada a todo, diciendo con frialdad que cuantos más objetos inútiles hay en una habitación, tanto menos aire entra en ella... A veces, después de haberse vestido de frac para salir y haber dado las buenas noches a Zenaida Fedorovna, ocurríale desistir repentinamente, por capricho. Entonces se me antojaba que permanecía en casa únicamente para sentirse desgraciado.

—¿Por qué no sales? — preguntábale Zenaida Fedorovna, con una entonación de enfado que desmentía el alegre resplandecimiento de su fisonomía—. ¿Por qué te quedas?... Estás acostumbrado a pasar la noche fuera y no quiero que varíes por causa mía... Vete, pues, por favor, adonde pensabas ir: de lo contrario creeré que te has quedado por mi culpa.

—Pero ¿quién te dice que tengas tú la culpa? — respondió Orlov.

Con cara de víctima íbase a su gabinete, se hundía en un sillón, y, protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera, empezaba a leer; pero pronto se le escapaba el libro... Orlov se movía en el sillón pesadamente, continuando con los ojos protegidos como para preservarse del sol. Rabiaba por no haber salido.

—¿Se puede pasar? — murmuraba Zenaida Fedorovna, franqueando tímidamente el umbral de la puerta—. ¿Estás leyendo? Yo me aburría sin ti y vengo a verte... un ratito.

Recuerdo que una noche entró así, tímidamente, en el cuarto de Orlov, acurrucándose en la alfombra a sus pies. En sus movimientos tímidos y lentos veíase claramente que sentía inquietud, no sabiendo si él estaba de buen humor.

—Lees y más lees — dijo con voz tierna, queriendo halagarle—. ¿Sabes cuál es uno de los secretos de tus triunfos, Jorge? Pues que eres ilustrado, sí, muy inteligente. ¿Qué libro es ese?

Orlov respondió. Luego reinó el silencio durante algunos minutos que a mí me parecieron

interminables. Yo estaba en la sala, de donde veía a ambos, y temía un súbito ataque de tos.

—Quisiera decirte una cosa — dijo dulcemente Zenaida Fedorovna, y rompió a reir al instante. —No sé si decírtelo. Te burlarías de mí y me contestarías que me engaño con una ilusión. Pero ¡me vienen tantas ganas de creer que te has quedado hoy en casa por mí, para complacerme... y para que terminemos la noche juntos!... ¿No? ¿Puedo creerlo?

—¡Lo puedes! — respondió Orlov, protegiéndose los ojos—. El mortal verdaderamente feliz es el que no sólo cree en lo que existe, sino también en lo que no existe.

—Acabas de pronunciar una frase que no he entendido bien. ¿Querrás, acaso, decir que las gentes felices viven de su imaginación?... Cierto es... Por ejemplo, a mí, me gusta mucho hallarme, por la noche, en tu cuarto, y dar libre curso a mis pensamientos, que me conducen lejos, muy lejos... Soñar es a veces muy agradable. ¿Quieres que soñemos juntos, en voz alta, Jorge?

—Ese arte me es desconocido, ya que nunca he estado en colegios de monjas.

—¿Estás de mal humor? — preguntó Zenaida Fedorovna, cogiendo en su mano la de Orlov. —¿Por qué dices eso? Cuando te veo así no sé si te duele la cabeza o si estás enfadado conmigo...

De nuevo hubo varios minutos de silencio.

—¿Por qué has variado tanto? — dijo ella en voz baja—. ¿Por qué no eres tan cariñoso y ale-

gre como lo eras en mi casa de la calle Znamenskaia?... Ya hace casi un mes que estoy contigo, y me parece que ni siquiera hemos empezado a vivir juntos; ni tan sólo hemos hablado aun juntos como conviene. Cuando te interrogo, me contestas o con bromas, o con frases pesadas y heladas, como un dónime... ¿Por qué has dejado de hablarme formalmente?

—Siempre hablo formalmente.

—¿Sí? ¡Pues hablemos!... ¡Por Dios, Jorge, hablemos un poco formalmente!... Sí, ¿quieres?

—¡Hablemos, pues! ¿De qué?

—Hablemos de nuestra vida, de nuestro porvenir — dijo Zenaida Fedorovna en todo de ensueño—. Yo formo constantemente proyectos... ¡Y soy tan dichosa! En primer lugar, voy a hacerte una pregunta: ¿Cuándo te retiras del servicio?

—¡Cómo! — exclamó Orlov, quitándose la mano de sobre los ojos. ¿Por qué habría de dejarlo?

—Porque con tus convicciones no puedes servir. No es ese tu puesto...

—¿Mis convicciones? — repitió Orlov —. ¿Mis convicciones?... Pero si son, como mi temperamento, las de un vulgar pelagatos, las de un héroe de Tchedrine. Me atrevo a asegurarte que me tomas por otro...

—¿Otra vez bromeas, Jorge?

—¡Nada de eso!... Quizá no me satisfaga del todo el servicio; pero me conviene más que otra cosa. Estoy acostumbrado; en él encuentro a

gentes como yo, no estoy de más y, en medio de todo, generalmente me siento bastante bien.

—Tú detestas el servicio; te repugna.

—¿Eso crees? ¿Crees que si presento la dimisión, voy a dedicarme incontinenti a soñar en voz alta y a volar por otro mundo?... ¿Crees que ese mundo me fuera menos odioso que el servicio?

—Estás dispuesto a calumniarte por el afán de contradecirme — respondió Zenaida Fedorovna, levantándose, ofendida—. Siento haber entablado esta conversación.

—¿Pero a qué enfadarse? Yo no me enfado por que tú no seas funcionario... ¡Viva cada cual como le guste!

—¿Acaso vives tú como te gusta? Escribir toda la vida papeles que están en contradicción con tus ideas — continuaba Zenaida Fedorovna, golpeándose las manos una con otra, en un arrebato de pena, — tener amos sobre ti, felicitar a los jefes el día primero de año, y jugar a las cartas, jugar, jugar; pero, sobre todo, servir a un régimen político con el cual no puedes simpatizar... ¡no, Jorge, no!... ¡no te burles tan duramente!... eso es terrible. ¡Eres un hombre de ideas; y no puedes servir más que a una idea!

—¡Indudablemente, me tomas por otro! — repitió Orlov, tras un suspiro.

—Di simplemente que no quieres hablar conmigo... ¡No puedes sufrirme y esa es la cosa! — exclamó ella con voz llorona.

—Escucha, querida mía — declaró Orlov, con

acento doctoral, enderezándose en el sillón—. Acabas de ser lo bastante amable para notar tú misma que soy hombre inteligente e instruído. Pues bien, no se dan lecciones a un sabio. Todas las ideas, grandes o pequeñas, que sobreentendías al llamarme hombre de ideas, las conozco de sobra. Por tanto, desde el momento que doy la preferencia al servicio y a la baraja, es que, aparentemente, tengo mis razones... ¡Eso en cuanto respecta a las ideas!... Ahora, tú no has desempeñado nunca, que yo sepa, empleos del Gobierno; no puedes, pues, juzgar el servicio sino por anécdotas o por malas novelas. Haríamos bien en convenir, entre nosotros, una vez para siempre, no hablar ni de las cosas que conocemos tiempo ha uno y otro, ni de las cosas que escapan a nuestra competencia.

—¿Por qué me hablas así? — dijo Zenaida Fedorovna, retrocediendo como espantada—. ¿Por qué? Jorge, en nombre de Dios, piensa...

Su voz tembló y se apagó. Notábase que ella quería contener el llanto; mas, de pronto, rompió en sollozos.

—¡Jorge, Jorge amado, me muero! — dijo en francés al tiempo que se postraba rápidamente a los pies de Orlov, colocando la cabeza en sus rodillas—. Estoy rendida, cansada de padecer, no me quedan más fuerzas. ¡No puedo más! En mi infancia sufrí a una madrastra execrable, depravada... luego, a mi marido... Ahora a ti... a ti... A mi loco amor respondes con ironía y con frases glaciales... ¡Y esa doncella horrible e in-

solente!... Sí, sí — prosiguió, — veo que no me consideras como tu mujer, como tu compañera; para ti soy una mujer a quien no aprecias porque esta mujer se ha convertido en tu amante... ¡Me mataré!

No esperaba yo que esas palabras y esas lágrimas produjeran tan honda impresión en Orlov. Este se puso colorado, empezó a removerse con inquietud en el sillón, y su cara, en vez de ironía, manifestaba miedo, miedo infundado y pueril.

—Amada mía, amor mío, no me has entendido, te lo juro — murmuró lastimeramente, acariciándole los hombros y cabellos—. ¡Perdóname, te lo suplico! He hecho mal... y soy un hombre detestable.

—Te canso con mis quejas y mi llanto — contestó ella—. Eres un hombre recto, magnánimo, un hombre excepcional... Lo noto a cada momento... Pero no sé qué angustia me ahogaba todos estos días...

Con súbito arrebato, Zenaida Fedorovna enlazó el cuello de Orlov y le abrazó.

—¡Pero no llores, te lo ruego! — dijo Orlov.

—¡No, no; no volveré a llorar! Harto he llorado. Ahora todo vuelve a estar bien.

—En cuanto a la doncella, mañana mismo se irá — dijo Orlov temblando, agitándose aún, inquieto, en el sillón.

—¡No, Jorge, que se quede! ¡Ya no me asusta! Tenías razón. Hay que sobreponerse a esas pequeñeces y no meterse tonterías en la cabeza...

Sí, tienes razón... ¡Eres un hombre excepcional!

Pronto dejó de llorar. Teniendo aun lágrimas en los ojos, sentada cariñosamente en las rodillas de Orlov, susurrábale a media voz algo conmovedor y amable, algo que semejaba recuerdos de infancia; acariciábale el rostro con los dedos, le besaba, miraba atentamente las manos de aquel hombre, sus sortijas, los dijes de la cadena del reloj. Estaba absorta en su relato, en la presencia del que adoraba, y debido sin duda a que las lágrimas anteriores le habían limpiado y refrescado el alma, tenía su voz un timbre más puro e inflexiones de extraordinaria sinceridad. Orlov jugueteaba con los cabellos castaños de la joven y le daba besos mudos en las manos, que apenas rozaba con los labios.

Luego tomaron té en el mismo gabinete. Zenaida Fedorovna leía en voz alta cartas a Orlov. Dadas las doce fueron a acostarse.

Aquella noche me dolía mucho el costado: hasta la madrugada no conseguí calentarme en el lecho ni dormir. Oí a Orlov salir del dormitorio para ir a su despacho. Permaneció en él una hora, poco más o menos, al cabo de la cual llamó. Me sentía yo tan mal y estaba tan rendido, que olvidé todas las conveniencias y toda clase de etiqueta, acudiendo al llamamiento de mi amo sin vestirme, en camisa de noche y descalzo.

Orlov estaba en el umbral de la puerta, vestido con una bata y un gorro. Me esperaba.

—¡Cuando se te llama, has de presentarte ves-

tido!—me dijo severamente—. ¡Renueva las velas!

Quería disculparme, pero me dió un fuerte ataque de tos, y, para no caer, me tomé del marco de la puerta.

—¿Está usted enfermo? — preguntóme Orlov.

Desde que nos conocíamos, era la primera vez que me trataba de "usted". ¡Sabe Dios por qué!... Tal vez, en camisa de dormir y con el rostro convulsionado por la tos, desempeñara yo mal mi papel y me pareciese muy poco a un lacayo.

—Si está enfermo ¿por qué trabaja? — dijo.

—¡Para no morirme de hambre! — le contesté.

—¡Oh! ¡qué odioso es todo eso en medio de todo! — exclamó a media voz, encaminándose a su escritorio.

En tanto que, después de taparme de prisa con un abrigo, substituía yo en los candelabros las bujías consumidas, él, sentado ante la mesa, con los pies en una butaca, abría las páginas de otro libro.

Cuando me retiré estaba sumido en su lectura; ya no se le caía el libro de las manos, como pocas horas antes.

VII

Hoy, mientras escribo estas líneas, me paraliza un temor que siento desde mi niñez: el temor de parecer sensible y ridículo en exceso. Cuando quiero ser cariñoso y decir cosas tiernas, soy incapaz de hallar el término exacto. Casualmente, por motivo de ese temor y también por falta de costumbre, es por lo que no sabré enunciar claramente del todo lo que pasaba entonces en mi corazón.

Yo estaba enamorado de Zenaida Fedorovna; pero, en el sentimiento ordinario, humano, que me arrastraba a ella, había mucha más juventud, frescura y alegría, que en el amor de Orlov a su querida.

Al manejar, por la mañana, el cepillo de las botas o la escoba, acechaba con deliciosa ansiedad el momento en que al fin percibiría su voz y el suave ruido de sus pasos. Quedarme de pie

en el umbral, con los ojos clavados en ella, al tiempo de desayunar; ayudarla a ponerse el abrigo en el vestíbulo, o introducir en sus piececitos los chanclos, en tanto que, con la mano se apoyaba en mi hombro; esperar luego que el portero llamase, desde abajo, anunciando la vuelta de Zenaida Fedorovna, abrir a ésta la puerta y verla aparecer muy sonrosada, llena de frío, salpicada de nieve; oir sus rápidas exclamaciones acerca de la temperatura o del coche por pagar: ¡Si supiérais cuánto me interesaba todo esto!...

Yo quería amar, tener una familia propia y que mi futura esposa tuviera exactamente la misma cara y la misma voz que Zenaida Fedorovna. Pensaba en ella al comer; en ella pensaba en la calle, al ir a cualquier recado; de noche, cuando no podía dormir, pensaba también en ella. Orlov, al parecer astiado, arrojaba lejos de sí los trapos de mujer, los hijos, la cocina, las cazuelas de metal: yo lo recogía todo cuidadosamente; lo aacriciaba en mis sueños, lo quería, lo imploraba del destino; veía en espíritu a una mujer, la mía, un cuarto con niños jugando en él, pequeñas alamedas en un jardín, una casita... todo ello muy mío.

Sabía que si me dedicaba a amar simplemente a Zenaida, no podría esperar el milagro de la reciprocidad. Esto no me preocupaba nada. En mi humilde y tranquilo afecto a ella, no había celos de Orlov, ni siquiera envidia alguna: sobrado comprendía yo que para un ser enclenque como

yo, la felicidad no podía apenas existir más que en sueños.

Cuando, a altas horas de la noche, al esperar el regreso de su Jorge, miraba Zenaida Fedorovna, con los ojos inmóviles, las páginas de un libro, sin volverlas nunca, o cuando se estremecía, palideciendo, porque Paulina atravesaba el cuarto, yo padecía con ella, y entonces se me ocurría la idea de cortar aquello por lo sano, de hacer sin demora algo por ella, de revelarle lo que allí se decía los jueves.

Pero ¿qué hacer y cómo?

Cada vez con más frecuencia la veía llorar. Las primeras semanas se reía o tarareaba, aun en ausencia de Orlov; pero, al cabo de un mes, reinaba en casa un triste silencio que sólo se interrumpía los jueves.

Ella halagaba a su Orlov, y para obtener una sonrisa exenta de sinceridad o un beso, arrodillábase ante él y, mimosa, contra él se frotaba, como un perrito. Por otra parte, al pasar ante un espejo, y hasta cuando tenía contrito el corazón, nunca podía menos de echarse una mirada a sí misma y arreglar algún detalle de su peinado. Hacíaseme extraño que Zenaida Fedorovna continuase ocupándose en sus vestidos y mostrándose tan satisfecha de sus compras: mal cuadraba esto con su tristeza habitual. Seguía la moda y mandaba fabricarse trajes caros. ¿Para qué? Recuerdo especialmente un vestido que costó cuatrocientos rublos. ¡Dedicar cuatrocientos

rublos a un traje superfluo, inútil, en tanto que nuestras costureras ganan, por una labor de forzado, veinte kopecs diarios, sin alimentación, y que a las encajeras de Bruselas o Venecia les pagan un salario de cincuenta céntimos, obligándolas a proporcionarse por la prostitución lo que les falta para vivir!...

Antojábaseme muy extraño y me disgustaba que Zenaida Fedorovna no pensase en ello. Pero, así que ella salía, hallaba yo disculpa para todo, y acechaba con igual impaciencia el campanillazo con que el portero me anunciaba al fin el regreso de la joven.

Portábase ella para conmigo como respecto a un ayuda de cámara, a un ser inferior. Se puede acariciar un perro y, al mismo tiempo, no notar su presencia. Me daban órdenes, se me interrogaba; pero no se enteraban de que yo existiera. Mis amos no estimaban conveniente hablarme más de lo que admite la buena sociedad; si, al servir yo a la mesa, se me hubiera ocurrido tomar parte en su conversación o reir, creyéranme loco y me despidieran. No obstante, Zenaida Fedorovna me demostraba benevolencia. Cuando me enviaba a un recado o me explicaba el manejo de un nuevo utensilio o cualquier otra cosa por el estilo, su rostro aparecía claro, bonísimo y afable, y sus ojos me miraban de frente. Entonces imaginaba yo que ella se acordaba agradecida de la época en que le llevaba cartas a la calle Znamenskaia. Si ella llamaba, Paulina, que me consideraba como favorito de Zenaida Fedo-

rovna y por ello me odiaba, decíame con sarcástica y pérdida sonrisa:

—¡Ve, que te llama *la tuya!*

Zenaida Fedorovna me trataba como a una criatura insignificante, y no sospechaba que la única criatura verdaderamente humillada en nuestra casa era ella misma. No suponía que yo, su ayuda de cámara, padecía por ella, y que veinte veces al día pensaba en lo que le aguardaba y en cómo acabaría todo aquello... Y visiblemente todo iba cada vez peor...

A partir del día en que hablaron de su empleo, Orlov, que detestaba las lágrimas, empezó a temer, a evitar las conversaciones con Zenaida Fedorovna. Y, cuando ésta entablaba o suplicaba una discusión, o cuando estaba a punto de llorar, Orlov inventaba un pretexto conveniente para retirarse a su despacho o para huir del hogar. Iba durmiendo cada vez menos en casa, y aun era más raro que viniera a cenar; los jueves era él mismo quien rogaba a sus amigos que le llevasen a cualquier sitio.

Zenaida Fedorovna seguía pensando en una cocina, en un nuevo piso, en un viaje al extranjero; pero sus sueños no pasaban de sueños. La cena se encargaba a la fonda; la cuestión de la mudanza habíase aplazado hasta regresar del extranjero, por deseos de Orlov, y respecto del viaje, decía que era imposible emprenderlo antes de que le crecieran los cabellos, porque, según él, no se pueden recorrer fondas y servir razonable-

mente a "la idea", sin tener cabellos largos, cabellos de "intelectual".

Para colmo, Koukouchkine empezó a venir a nuestra casa por la noche, cuando no estaba Orlov. Nada de particular había en sus modales; mas yo no olvidaba aquella conversación en la cual anunció privar a Orlov de Zenaida Fedorovna.

Esta le ofrecía té y vino; él seguía con sus carcajaditas, creyendo, sin duda, agradar a la joven; declaraba que la unión libre era, sin comparación, más digna que el matrimonio, y que había que saludar muy respetuosamente a Zenaida Fedorovna.

VIII

Las fiestas de Navidad transcurrieron en casa aburridas y con el vago temor de alguna desgracia. El 31 de Diciembre, al desayunar, anunció súbitamente Orlov que sus jefes le mandaban con una misión especial, junto a un senador que efectuaba un viaje de inspección por un distrito lejano.

—No tengo ganas de ir, no; pero ¿qué puedo pretextar para quedarme? — dijo, fingiendo disgustarse—. ¡Hay que obedecer: no cabe otro recurso!

Ante tal noticia, mojáronse instantáneamente los párpados de Zenaida Fedorovna.

—¿Es largo ese viaje? — preguntó.

—Unos cinco días.

—En medio de todo, me alegro — dijo la dama, tras un momento de reflexión—. Así te dis-

traerás... Tal vez tengas algún devaneo en el camino, y me lo contarás a la vuelta.

A la menor ocasión, la joven daba a entender a Orlov que no le cohibía, y que él podía disponer de sí a su antojo; pero tan somera diplomacia, sin concierto alguno, nunca engañaba a nadie: aquel día no produjo otro efecto que recordar a Orlov una vez más que no era libre.

—Me marcho esta misma noche — anunció Jorge.

Y empezó a leer los periódicos.

Zenaida Fedorovna quería acompañar a Orlov a la estación. El la disuadió; no partía para América ni se ausentaba por cinco años; apenas estaría fuera cinco días y quizá menos.

Despidiéronse a las ocho. Orlov la rodeó con un brazo y la besó en la frente y en los labios.

—Sé razonable, no te apenes sin mí — le decía Orlov con voz afectuosa, cordial, que hasta me emocionó—. ¡Dios te guarde!

Ella contemplaba ávidamente el rostro de su Jorge para grabarse bien en la memoria los rasgos queridos. Luego, con gracioso movimiento, apoyó la cabeza contra el pecho de su amante.

—Perdóname nuestras desavenencias — dijo Orlov, en francés—. Entre marido y mujer tiernamente enamorados, son inevitables las disputas. Yo te amo con locura... Piensa en mí... Telegrafíame a menudo, y extensamente.

La besó una vez más y, sin pronunciar una palabra, se fué, un tanto confuso. Al ruido de la puerta que se cerraba con llave, detúvose en la

escalera, pensativo, y dirigió una mirada tras de sí. En aquel instante, el menor llamamiento de nuestra casa le hubiera decidido probablemente a quedarse. Pero todo estaba tranquilo. Abrochóse el abrigo y bajó, con paso indeciso, por la escalera.

Ante la escalinata esperaban dos coches. Orlov montó en uno de ellos, y yo, con dos maletas, en el otro.

El frío era penetrante. En las encrucijadas ardían humeantes braseros. El viento, que la velocidad de nuestra carrera hacía más glacial, me cortaba cara y manos; yo estaba sin aliento. Cerré los párpados y me entregué a mis reflexiones... ¡Qué admirable criatura! ¡Cómo amaba! Hoy día se recogen los objetos inútiles para venderlos en provecho de los pobres: hasta el mismo cristal roto tiene valor comercial; mas una cosa tan preciosa, tan rara como el amor de una mujer joven, elegante, inteligente y honrada, se desprecia. Un antiguo moralista consideraba toda mala pasión como una fuerza que, con habilidad, podía encaminarse al bien: entre nosotros, si surge una pasión bella y generosa, no tarda en gastarse, impotente, no comprendida, mancillada... ¿Por qué ocurre esto?

Los dos coches se detuvieron. Abrí los ojos: estábamos en la calle Serguievskaia, ante el palaico de Pekarsky.

Orlov se apeó del carruaje y entró en la casa. Minutos después, un criado de Pekarsky, con la

cabeza descubierta, apareció a la puerta y me gritó, furioso por exponerse al frío:

—¿Estás sordo?... ¡Te llaman!... ¡Paga a los cocheros y sube!

Sin comprender nada subí al segundo piso. Ya había ido yo a casa de Pekarsky, es decir, que desde el vestíbulo había entrevisto su salón, el cual, sobre todo al salir de la atmósfera obscura y húmeda, me chocaba siempre por el brillo de los marcos dorados, de los bronces y de los muebles preciosos. Ahora, en medio de aquel esplendor, veía a Grouzine, a Koukouchkine y luego a Orlov.

—Oye, Stephane — me dijo éste, acercándose a mí—. Viviré aquí hasta el viernes o el sábado. Si hay cartas o telegramas, tráemelos... Di, como es natural, a la señora, que me he marchado, y que la saludo... Puedes retirarte.

Una vez en casa, hallé a Zenaida Fedorovna en la sala, tendida en un sofá y comiendo una fruta. Una sola bujía la alumbraba.

—¿Han llegado ustedes a tiempo a la estación? — me dijo.

—Sí, señora. El señor saluda a la señora.

Me fuí a mi cuarto y me tumbé en la cama. No tenía nada que hacer. No me extrañaba, no me indignaba; pero me afanaba por comprender por qué y con qué intención había recurrido Orlov a tal engaño. Sólo los atolondrados engañan así a sus concubinas. ¿Cómo él, un hombre que leía, que razonaba, no halló nada mejor?... Con-

fieso que no tenía yo mediano concepto de su ingenio. Creo que, si hubiera tenido que engañar al ministro o a cualquier otro personaje poderoso, hubiese desplegado mucha habilidad y energía. Pero, para engañar a una mujer, consideró suficiente el primer medio que acudió a su imaginación; si la superchería salía bien, tanto mejor; si no, no era cosa de gran importancia, y fácil le sería inventar otra mentira, tan rápida y simple como la primera, sin quebrarse la cabeza en imaginar pretextos.

A las doce de la noche, cuando en el piso inmediato superior al nuestro, empezaron a mover sillas y a saludar con "¡Hurras!" al año nuevo, Zenaida Fedorovna me llamó desde el cuarto contiguo al despacho.

Cansada de velar tanto tiempo, escribía, en su escritorio, unas líneas en un trozo de papel.

—Tome un telegrama—me dijo—. Busque un coche y vaya pronto a expedirlo.

En la calle leí lo que decía el papel:

"Te deseo un año bueno y feliz. Telegrafíame pronto; me aburro mucho. Hace una eternidad que no estás aquí. Siento que no sea posible mandarte por telégrafo mil besos y hasta mi corazón. Sé feliz, tú, única esperanza mía.

Zina".

Expedí el telegrama. A la mañana siguiente entregué el recibo a Zenaida Fedorovna.

IX

Lo peor era que Orlov había iniciado torpemente a Paulina en el secreto de su simulado viaje, ordenándola que le llevase ropa blanca a la calle Serguievskaia. Desde aquel momento, Paulina miraba a Zenaida Fedorovna con pérfido placer y con un odio cuya razón no conseguía yo adivinar. No dejaba de manifestar su alegría por carcajadas, en su cuarto y en el vestíbulo.

—¡Ya has permanecido demasiado tiempo en esta casa y vas a tener que marcharte! — exclamaba llena de júbilo—. Debieras haberte percatado tú misma de ello.

Su olfato le revelaba que Zenaida Fedorovna no debía quedarse más tiempo en casa de Orlov, y, sin perder un minuto, robaba a la joven frascos, horquillas de concha, paqueños, botas...

Al día siguiente de la fiesta de año nuevo, Zenaida Fedorovna me llamó y díjome a media voz

que no encontraba su traje negro. Después empezó a recorrer la casa, pálida, asustada, indignada, hablando consigo misma:

—¡Esto es demasiado!... ¡es demasiado!... ¡Qué audacia tan inaudita!...

Al cenar quiso servirse sopa, mas no pudo: le temblaban las manos, sus labios se estremecían. Y súbitamente, sin poderse contener, miró a Paulina.

—¡Váyase, Paulina!—dijo—. Me basta con Stephane.

—No importa, señora; puedo quedarme.

—No hay necesidad. Nada tiene usted que hacer aquí. ¡Márchese! — continuó Zenaida Fedorovna, que se levantó muy agitada—. ¡Lárguese inmediatamente!

—No puedo irme sin que me lo mande el señorito. El es quien me ha tomado. Haré lo que el señor mande.

—¡Yo se lo mando! ¡Yo soy la dueña de esta casa! — dijo Zenaida Fedorovna, poniéndose muy colorada.

—Fácil es que sea usted la dueña de la casa; pero el único que puede despedirme es el señor, porque él es quien me admitió.

—¡No se quedará aquí ni un minuto más! — gritó Zenaida Fedorovna, golpeando el plato con el cuchillo—. ¡Es usted una ladrona! ¿Lo oye?

Zenaida Fedorovna arrojó la servilleta sobre la mesa y, con cara compungida y dolorosa, salió rápidamente del comedor.

Paulina salió también, sollozando fuertemente

y gruñendo. La sopa y los tordos se enfriaban. Y no sé por qué, todo aquel lujo de fonda parecióme entonces mezquino, escaso, tan falso como la ladrona Paulina. Los dos pastelillos, en su plato, eran lo que más miserable se me antojaba. "Hoy nos devolverán a la fonda — parecían decir, — y mañana serviremos para cualquier empleado o quizá para alguna célebre cantante..."

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué gran señora! — oía yo refunfuñar a Paulina en su cuarto—. ¡Si hubiera yo querido, tiempo ha que fuera una gran dama como esa!... ¡Pero yo me avergonzaría!... ¡Veremos cual de las dos sale de aquí la primera! ¡Sí, lo veremos!

Zenaida Fedorovna me llamó. Estaba sentada en un rincón de su cuarto y parecía una colegiala castigada.

—¿No ha habido telegrama? — me preguntó.

—No, señora.

—Baje a la portería: tal vez haya alguno allí... Luego, no salga de casa — añadió cuando me iba—: temo quedarme sola.

Después, casi de hora en hora, tuve que ir a preguntar al portero si había algún telegrama.

¡Qué doloroso período hemos pasado! Para no tener que soportar la presencia de Paulina, Zenaida Fedorovna comía y tomaba el té en su cuarto, en donde permanecía casi todo el día, acurrucada en un pequeño sofá en forma de C. Ella misma se hacía la cama.

Al principio me encargaba a mí que llevase sus

partes al telégrafo; pero en vista de que no obtenía respuesta, desconfió de mí, y los expidió luego ella misma. Acabé por acechar yo mismo, con impaciencia, la llegada de un telegrama. Esperaba que Orlov idease cualquier mentira, que se arreglase para que Zenaida Fedorovna recibiera un telegrama de cualquier estación... "Aunque los naipes le absorban por completo — pensaba yo — o aunque se dedique a cortejar a otra mujer, tiene, sin embargo, a Grouzine y a Koukouchkine para recordárnosle..." Pero esperábamos en vano.

Todos los días entraba yo varias veces en el cuarto de Zenaida Fedorovna, muy decidido a descubrirle la verdad. Mas ella me miraba con ojos de cierva, bajaba la cabeza, agitaba los labios, y yo salía sin haber pronunciado una palabra. La compasión me quitaba el valor.

Paulina, como si no hubiera sucedido nada, arreglaba contenta el despacho de Orlov, su cuarto, registraba armarios, sacudía ruidosamente la vajilla y siempre tosía o tarareaba al pasar por el cuarto de Zenaida Fedorovna. Satisfacíale ver a su dueña confinada de ese modo por su causa. De noche salía, y no regresaba hasta las dos o las tres de la mañana. Yo me veía obligado a abrirle la puerta y a aguantar sus recriminaciones acerca de mi tos. Inmediatamente después de su campanillazo sonaba otro; corría yo al cuarto contiguo al gabinete de Orlov, y Zenaida Fedorovna, con la cabeza en la abertura de la puerta entornada, me preguntaba:

—¿Quién ha llamado?

Y me miraba las manos para ver si contenían algún telegrama.

Al fin, el sábado, cuando llamaron abajo y se oyó en la escalera la voz tan conocida, Zenaida Fedorovna tuvo tal alegría que prorrumpió en sollozos.

Corrió al encuentro de Orlov, le rodeó con los brazos, besóle el pecho, las mangas del abrigo, farfullando palabras inarticuladas. El portero subió las maletas; resonó la alegre voz de Paulina. ¡Creyérase realmente que un ser querido venía a pasar las vacaciones con su familia!

—¿Por qué no me has telegrafiado ni siquiera una vez? — repetía la joven, ahogándose de alegría—. ¿Por qué?... ¡Si supieras entre qué tormentos he vivido todos estos días!... ¡Oh! ¡Dios mío!

—¡Por una razón muy sencilla! El senador y yo tuvimos que ir casi en seguida a Moscú; y yo no he recibido tus telegramas — respondió Orlov—. Esta noche, después de cenar, te contaré los detalles de mi viaje; ahora me caigo de sueño... ¡Qué interminables se hacen los trayectos en vagón! ¡Dormir! ¡dormir! ¡dormir!

Se veía que no había podido dormir en toda la noche, que sin duda dedicaría a jugar y acaso a beber. Zenaida Fedorovna le dejó en la cama y todos anduvimos de puntillas hasta la noche...

La cena se deslizó muy bien; luego, al tomar el café, que se sirvió en el gabinete, hablaron.

Zenaida Fedorovna hablaba a media voz, en

francés, rápidamente. Su voz imitaba el murmullo de un arroyo. Después oyóse un profundo suspiro de Orlov, que contestaba también en francés:

—¡Dios mío! ¿no tienes noticias más frescas que esa fastidiosa y sempiterna cantinela de la doncella malvada?

—¡Es que me ha robado, me ha dicho groserías, querido!

—¿Cómo a mí no me roba? ¿Por qué no me dice a mí insolencias? ¿Por qué no sospecho yo nunca la existencia de las criadas, de los ayudas de cámara, de los porteros? Tienes caprichos y te falta genio. Hasta presumo que estás en cinta... Cuando te propuse despedirla exigiste que se quedara. Ahora exiges que se la despida. Pues bien, siendo así, yo también soy terco: a caprichos respondo con caprichos. ¿Tú quieres que Paulina se vaya? ¡Pues bien, yo quiero que se quede! Ese es el único medio de curarte los nervios.

—¡Bueno! ¡está bien! — dijo tímidamente Zenaida Fedorovna; — no hablemos más del asunto... Y ahora dame noticias de Moscú.

XI

El día siguiente, 7 de febrero, festividad de San Juan Bautista, Orlov, después de almorzar, se vistió de frac, luciendo una condecoración, para ir a felicitar a su padre.

Debía ir a las dos, y cuando terminó de vestirse no era todavía la una y media. ¿Cómo pasar esa media hora?... Orlov se paseaba por la sala recitando las poesías de circunstancias que, antaño, exponía a sus padres el día de su fiesta onomástica. Zenaida Fedorovna, que también se preparaba para salir, con objeto de ir a ver a la modista o de compras, estaba allí y escuchaba, sonriente, declamar a Orlov.

No sé cómo empezó su conversación; pero, cuando llevé los guantes a Orlov, hallábase éste ante Zenaida Fedorovna y, con voz de fastidio y de súplica, le decía:

—¡Por Dios y por lo que te sea más sagrado,

no machaques sobre cosas que sabemos ha tiempo! ¡Qué desdichada propensión tienen nuestras mujeres inteligentes y pensadoras a proferir, con aire profundo y furiosa animación, sentencias que exceden hasta a sus mismos palmetazos! ¡Si consintieses en borrar de nuestro programa conyugal esos graves problemas!... ¡Cuánto te lo agradecería!

—Sí, ya comprendo: ¡nosotras, las mujeres, no podemos tener opinión propia!

—¡Sí, mujer, sí! Te doy plena libertad; sé radical, cita los autores que te plazca; pero concédeme el no atacar nunca en mi presencia ninguno de los dos temas siguientes: la corrupción del gran mundo y la anomalía del matrimonio... Comprende de una vez que se denigra a la alta sociedad para oponerla al otro mundo en que viven los tenderos, los popes, los burgueses y los mujiks... Por lo demás, ambas clases sociales me son igualmente odiosas, pero si me propusieran elegir lealmente una u otra, escogería sin titubear la alta, y no fuera pedantería, pues a ella se encaminan todos mis gustos... Fútil y vulgar es el mundo a que tú y yo pertenecemos; pero, siquiera, sabemos expresarnos poco más o menos correctamente en francés, leemos un poco y, en el período efervescente de nuestras disputas, no cambiamos sino palabras más o menos vivas. En tanto que en la pequeña sociedad de los "Zidoro" y los "Nikita", en donde el libertinaje, la embriaguez, y un paganismo grosero reinan, es el puño quien arregla las diferencias.

—El tendero y el mujik te alimentan.

—¿Me alimentan? ¿Y qué?... Si eso es deshonroso para mí, no lo es menos para ellos... Me alimentan y se descubren ante mí: luego no tienen talento suficiente ni lealtad para proceder de otro modo... Además, ni alabo ni censuro a nadie; sólo digo que la alta sociedad y la otra allá se van. Mi espíritu y mi corazón se sublevan contra ambas; pero no obstante he adquirido mis gustos en aquella... Esto, en cuanto al primer punto se refiere... Ahora, en lo que respecta al matrimonio, que a ti te hace el efecto de una anomalía — añadió Orlov, consultando el reloj, — debieras penetrarte bien de que no lo es; lo que ocurre es que en ese punto, tus exigencias son más bien vagas... ¿Qué buscáis en el matrimonio? En el fondo, en las uniones legales o libres, en una palabra, en todas las uniones, buenas o malas, lo esencial es siempre la *cosa*... Vosotras, las mujeres, no vivís más que para esa cosa, que lo es todo para vosotras, y sin la cual os parecería exenta de sentido la existencia. No necesitáis nada, salvo la *cosa,* y ésto es lo que buscáis ante todo. Pero, desde que leéis las novelas modernas, halláis en ello como un resabio de vergüenza, y por eso vais de acá para allá, variando de hombres a ciegas y proclamando la anomalía del matrimonio, para justificar vuestra agitación... Si no podéis o no queréis renunciar a ésto, que, por otra parte, es vuestro principal enemigo, vuestro angel malo, a quien continuáis sirviendo como esclavas, ¿qué serán las conversaciones graves?

Digas lo que dijeres, éstas no serían más que frases y fórmulas. No te las creeré nunca.

Salí para encargar un coche. Cuando volví estaban en plena disputa. Como dicen los marinos, había refrescado la brisa.

—Veo que hoy quieres asombrarme por tu cinismo — declaraba Zenaida Fedorovna, presa de intensa emoción, paseándose por la sala—. Tus ideas me repugnan. Yo soy pura ante Dios y ante los hombres; no tengo que arrepentirme de nada... ¡Sí, he dejado a mi marido! ¡Sí, he venido a vivir contigo, y me enorgullezco de ello! ¡Te juro por mi honor que me enorgullezco!

—¡En ese caso, está muy bien!

—Si fueras hombre recto y honrado, también te gloriarías tú de mi acto, que nos eleva a ambos por cima de miles de gentes... ¡Cuántas mujeres, cuántos hombres seguirían mi ejemplo si la timidez o los cálculos mezquinos no se lo impidieran!... Pero no eres hombre honrado: he ahí la cosa. Temes la libertad, te mofas de los arrebatos del corazón, por miedo a que un imbécil te considere como hombre franco. Temes presentarte a tus amigos; para ti, el peor tormento es salir conmigo, el presentarte tú mismo, en la calle, en mi compañía... ¿No es, acaso, verdad? ¡Atrévete a decir que no es verdad!... ¿Por qué no me has presentado aun a tu padre y a tu prima? ¿Por qué?... ¡Ah! ¡no; al fin ya estoy harta de todo esto! — exclamó Zenaida Fedorovna golpeando con el pie—. Reclamo aque-

llo a que tengo derecho. ¡Vas a presentarme a tu padre!

—Si necesitas a mi padre, ve a presentarte tú misma a él. Recibe de diez a diez y media de la mañana.

—¡Qué innoble eres! — replicó Zenaida Fedorovna torciéndose las manos—. Sin duda no eres sincero en este momento; dices cosas que no piensas; pero mereces ser execrado por la sola crueldad de tus palabras... ¡Ah! ¡qué hombre tan innoble eres!

—Hablamos, hablamos hasta lo infinito, sin llegar al punto capital, y el punto capital es que te has equivocado y no quieres reconocerlo. Te habrás imaginado que yo era un héroe, imbuído de no sé qué ideal extraordinario. Y ha resultado que, en realidad, soy simplemente un funcionario muy vulgar, un aficionado a los naipes, y que no tengo vocación alguna para "ideas". No soy sino un retoño perfectamente adecuado de ese mundo corrompido de donde has huído tú, revelada por su vanidad y su vulgaridad. Confiésalo, pues, y sé justa: no te enfades conmigo, sino contigo misma, porque no soy yo quien te ha engañado, sino que tú te has engañado a ti misma.

—Sí, me he engañado, lo confieso.

—¡Enhorabuena! ¡Alabado sea Dios! Por fin llegamos a lo esencial... Ahora haz el favor de escucharme. Elevarme yo hasta ti, no puede ser, que estoy demasiado pervertido. Tú no puedes rebajarte hasta mí, siendo como eres en exceso

sublime. Por consiguiente, sólo queda por hacer una cosa...

—¿Qué? — preguntó ansiosamente Zenaida Fedorovna, reteniendo el aliento y volviéndose de pronto tan blanca como una hoja de papel.

—Nos queda el recurso de invocar la lógica...

—¿Por qué me desgarras de ese modo, Jorge? — dijo, en ruso, Zenaida Fedorovna, con voz cascada—. ¿Por qué? ¡Hazte cargo de lo que padezco!...

Orlov, a quien asustaban las lágrimas, se fué á su gabinete. ¿Querría causarle más daño aun, o recordaría que así solía procederse en casos análogos? Fuera como fuese, el caso es que cerró tras de sí la puerta con llave.

Zenaida Fedorovna dejó escapar un grito y salió en persecución de Jorge, con gran ruido de faldas.

—¿Aun esto? — exclamó, llamando a la puerta—. ¿Qué significa esto?—añadió, con voz entrecortada por la indignación—. ¡Ah! ¡Así obras! ¡Sabe que te odio y te desprecio! ¡Sabe que todo ha concluído entre nosotros, todo!

Estallaron lloros convulsos, mezclados con risas. De la mesa de la sala cayó algo que se rompió.

Orlov se deslizó del gabinete al vestíbulo, por otra puerta, y dirigiendo tras de sí miradas despavoridas, púsose rápidamente el abrigo y salió.

Transcurrió media hora; luego, una. Zenaida Fedorovna seguía llorando. Pensé que no tenía ella padre ni madre, nadie en el mundo; que vi-

vía aquí entre un hombre que la detestaba y Paulina, que la robaba, ¡y cuán desoladora me pareció su existencia!

Sin percatarme bien de lo que hacía, entré en la sala, para verla. Ella, aquel modelo de belleza fina y delicada, padecía como una enferma; hundida en una otomana, ocultándose el rostro, temblábale todo el cuerpo.

—¿Desea la señora que vaya a avisar a un médico? — le pregunté tiernamente.

—No; no es nada — me contestó, mirándome con sus hermosos ojos de desconsuelo—. Me duele un poco la cabeza. No será nada... Gracias.

Me retiré.

Por la noche escribió una carta y me mandó, ya a casa de Pekarsky, ya a la de Grouzine, ya a la de Koukouchkine, con orden de hallar a Orlov a todo trance y entregársela. Y, cada vez que se la devolvía, me suplicaba, me ponía dinero en la mano, obrando como bajo el dominio de ardiente fiebre.

No durmió en toda la noche. La pasó en la sala, monologando.

Al día siguiente Orlov vino a cenar. Se reconciliaron.

El siguiente jueves quejábase Orlov a sus amigos de la intolerable existencia que a la sazón llevaba:

—¡Esto no es vida!—decía—. Es un suplicio... Lágrimas, sollozos, consideraciones filosóficas, gritos, súplicas, imploraciones de perdón... y co-

mo resultado, ya no tengo casa. Estoy atormentado, y atormento a ella constantemente... ¡Y pensar que esto puede prolongarse todavía uno o dos meses!...

—¡Ten una explicación con ella! — dijo Pekarsky.

—Ya le he intentado; no hay medio. A un ser formal que reflexiona se le puede decir cualquier verdad. Pero yo he de habérmelas con una mujer que no tiene voluntad, ni genio, ni lógica... Yo no sufro el llanto; me desarma. Cuando llora estoy dispuesto a jurarle amor eterno y a llorar con ella.

Pekarsky no lo entendía. Rascóse, pensativo, la vasta frente, y respondió:

—Escúchame. Alquila un piso aparte para ella. ¡Es tan fácil!

—¡Pero lo que ella quiere no es un piso, sino a mí!... ¡Oh! ¡qué inútiles son todos esos consejos! — exclamó Orlov, tras un suspiro—. Oigo sobrados discursos, y pareceres, y consejos, pero ni siquiera entreveo salida para mi situación. En verdad, soy un culpable inocente. Tengo un empleo que nunca ambicioné. Toda mi vida he rechazado el papel de héroe; toda mi vida he rechazado las novelas de Turgueniev, y he aquí que ella me obliga a hacer de héroe de novela... Por más que le doy palabra de honor de no ser en modo alguno héroe, y por más que le doy pruebas irrecusables de ello, no me cree. ¿Por qué? ¡No lo sé! ¿Tendré por ventura algo heroico en mi fisonomía?

—¡Debiera usted decir que le encargan otra vez de una misión por alguna provincia lejana! —dijo Koukouchkine, riendo.

—En efecto, no tengo más remedio.

Ocho días después comunicaba Orlov a Zenaida Fedorovna que estaba de nuevo agregado a la persona de un senador, en viaje de inspección.

La misma noche se fué con sus maletas a casa de Pekarsky.

XI

Ante mí, en el vano de la puerta, estaba un anciano; iba envuelto en un abrigo hasta el suelo y cubierto con una gorra de castor.

—¿Está Jorge Ivatch? — me preguntó.

Al principio creí que era un usurero, uno de los acreedores de Grouzine, que venían a veces a cobrar en casa de Orlov pequeñas cantidades por cuenta de aquel personaje. Pero, así que hubo penetrado en la antesala y desabrochado el abrigo, vi aquellos labios contraídos con una arruga característica y aquellas pobladas cejas que los retratos me habían hecho familiares; vi también dos filas de placas en un traje de uniforme. Y reconocí al visitante: era el padre de mi amo, era el célebre hombre de Estado.

Le contesté que no estaba Jorge Ivanitch. El anciano apretó fuertemente los labios y reflexionó

unos segundos, volviendo la cabeza y enseñando su perfil seco y desdentado.

—Voy a dejarle dos palabras. Acompáñeme.

Quitóse los chanclos, pero se quedó con el largo y pesado abrigo. Pasó al despacho y sentóse ante el escritorio.

Antes de coger la pluma volvió a reflexionar unos tres minutos, poniéndose la mano ante los ojos a modo de visera, como lo hacía su hijo cuando estaba de mal humor. Tenía cara melancólica y pensativa, con esa expresión resignada que sólo he observado en personas viejas y devotas.

Yo estaba en pie detrás de él, mirando su cráneo calvo y su nuca, y me persuadí, con la claridad del día, de que aquel anciano enfermo y caduco estaba en mi poder.

Mi enemigo y yo nos hallábamos solos en el piso. Me bastaba hacer un pequeño esfuerzo físico, arrebatar luego el reloj del viejo, para simular un robo, y huir, al fin, por la escalera de servicio; por ese acto conseguía yo infinitamente más de lo que pudiera esperar al colocarme de ayuda de cámara... Y me repetía que probablemente nunca se volvería a presentar ocasión tan propicia...

Pero, en vez de obrar, me limitaba a examinar con absoluta indiferencia, ora el cráneo calvo del anciano, ora su abrigo; meditaba yo tranquilamente las relaciones que podían existir entre él y su hijo, y pensaba que los hombres mi-

mados por el poder y la riqueza no deben tener ganas de morir.

—¿Hace mucho que sirves a mi hijo? — me preguntó, trazando grandes letras en el papel.

—Poco más de dos meses, Excelencia.

Acabó de escribir y se levantó. Aun estaba yo a tiempo. Me animaba, me reprendía a mí mismo crispando los puños, intentando exprimir de mi alma aunque sólo fuera una gota del odio que abrigaba antes. Me acordaba del enemigo apasionado, obstinado e infatigable que antes era yo para ese hombre... Mas es difícil encender una cerilla frotándola contra una piedra gastada. Aquella vieja cara melancólica y el frío brillo de sus veneras no me inspiraban más que pensamientos breves, obvios, vulgares, acerca de la fragilidad de las cosas terrenas, acerca de la inminencia de la muerte...

—¡Adiós, buen hombre! — dijo el anciano, poniéndose la gorra.

Y se marchó.

No cabía duda alguna; en mí se había operado un cambio; yo era otro hombre. Sin embargo, para comprobar esta impresión, me sumí en mis recuerdos; pero, al instante, me invadió un sentimiento de ansiedad, como cuando se aventura uno por un rincón obscuro y húmedo. Me acordé de mis compañeros, de mis relaciones, y la primera idea fué la de que me avergonzaría y turbaría terriblemente si encontrara a alguno de ellos.

¿Qué era yo entonces? ¿A qué debía decidir-

me? ¿Qué podría hacer en lo sucesivo? ¿Por qué vivía?

Mis ideas se embrollaban y no distinguía claramente más que una cosa: que tenía que liar el petate en el acto y marcharme. Antes de la visita del anciano, mi papel de lacayo podía tener un objeto; después de esa visita era ridículo.

¡Caían lágrimas de mis ojos a la maleta abierta; invadióme una tristeza insoportable y entráronme locas ganas de vivir!... Quería abarcar y englobar en mi corta vida cuanto es accesible al hombre. Tenía a la vez violento deseo de hablar y de leer, de dar martillazos en una fábrica, de tomar el rumbo en un navío, de labrar la tierra. Me atraía la Perspectiva Nevsky, y también el campo y el mar; todo cuanto sólo podía alcanzar mi imaginación.

Volvió Zenaida Fedorovna. Corrí a abrir la puerta, y, con particular ternura, ayudé a la señora a despojarse del abrigo: ¡era la última vez!...

Aquel día tuvimos otras dos visitas. Por la tarde, a hora bastante avanzada — ya era casi de noche, — se presentó inesperadamente Grouzine, que venía a buscar no sé qué papeles para Orlov. Abrió un cajón del escritorio, sacó los documentos que necesitaba, hizo con ellos un rollo que me rogó dejase en el recibimiento al lado de su gorra, y fué a saludar a Zenaida Fedorovna.

Esta se hallaba en la sala, tendida en un sofá,

con los brazos replegados sobre la cabeza. Hacía ya casi una semana que Orlov había salido para su viaje de inspección, y nadie sabía cuándo iba a volver. Pero Zenaida Fedorovna no expedía ya telegramas ni esperaba. Aparentaba no ver a Paulina, que seguía en casa. En la palidísima e impasible cara de la dama leía yo estas palabras: "¡Poco me importa todo!"

Entonces, lo mismo que Orlov, obstinábase en sentirse desgraciada. Por capricho y despecho contra sí misma y contra todos, pasaba días enteros en el sofá, inmóvil, sin desear ni esperar más que cosas malas.. Probablemente se figuraría el regreso de Orlov y las inevitables discusiones, su indiferencia creciente para con ella, sus traiciones, la ruptura... Y tal vez le causaran cierto placer esas imágenes dolorosas. Pero ¿qué diría si conociera repentinamente la verdad?

—¡Comadre — dijo Grouzine, inclinándose ante ella y besándole la mano, — le quiero a usted mucho, comadre! ¡Es usted tan buena!... ¿Y Jorgín? ¿Está de viaje?... ¡Qué picarón!

Tomó asiento, suspirando, y estrechó cariñosamente la mano de Zenaida Fedorovna.

—Permítame quedarme un rato con usted, paloma mía—añadió—. No tengo apenas ganas de volver a mi casa y todavía es muy temprano para ir a la de los Birchovs... Hoy es el día de Catalinita, su hija... ¡Es una chiquilla monísima!

Le serví té y una botella de aguardiente. To-

mo el té despacito, a disgusto, y, devolviéndome la taza, me preguntó tímidamente:

—¿No tiene algo... para tomar un piscolabis simplemente? Todavía no he cenado.

Nada había en casa: fuí a la fonda de donde traje lo primero que encontré para cenar.

—¡A su salud, paloma mía! — dijo a Zenaida Fedorovna, tomando una copa de aguardiente. —Mi hija, su ahijada, me ha dicho que dé a usted recuerdos... ¡Pobre niña! Es un poco escrofulosa. ¡Ah! ¡Los hijos! ¡Los hijos! No importa; por más que usted diga, es muy agradable ser padre. Jorge ignora ese sentimiento; no le entiende.

Bebió otra copa. Flaco, pálido, con el pecho protegido por una servilleta, que en él parecía un babero, comía ávidamente, alzando las cejas, y echaba miradas furtivas ya a Zenaida Fedorovna, ya a mí, como un niño temeroso de que le sorprendan haciendo alguna travesura. Parecía muy pronto a deshacerse en llanto si yo le negase asado o gelatina.

Una vez saciado el apetito se puso contento y empezó a contar, riendo, chismes de la familia de Birchovs. Pero al ver que su narración no interesaba a Zenaida Fedorovna, calló.

De pronto reinó el aburrimiento.

Estaban sentados en la sala, alumbrada ésta por una sola lámpara, y ambos callaban. A él le avergonzaba mentir. Ella quería preguntarle algo, pero no se decidía. De ese modo transcurrió una media hora. Grouzine sacó el reloj:

—¡Caramba! Ya es hora de que me marche.

—No; quédese un ratito más... Hablaremos.

Nueva pausa.

Grouzine se sentó al piano y lanzó un acorde. Luego, ejecutó y cantó:

—¿Qué me reserva el día de mañana?

Pero, interrumpiéndose, según su costumbre, se levantó y movió la cabeza.

—¡Toque algo, compadre! — dijo Zenaida Fedorovna.

—¿Qué puedo tocar? — repuso, encogiéndose de hombros—. Lo he olvidado todo. ¡Hace tanto tiempo que descuido el plano!

Mirando al techo, como para acordarse, ejecutó con admirable gusto dos piezas de Tchaikovsky; ¡y con qué expresión, con qué ardor! Su rostro era el de siempre, ni inteligente ni estúpido; y para mí era verdaderamente un milagro que, un hombre acostumbrado a vivir en un medio tan abyecto, fuese capaz de tan elevado y puro sentimiento.

Sonrojáronse las mejillas de la joven, que empezó a andar por la sala.

—Espere, comadre, quizá me acuerde de una pieza que he oído en violoncelo — dijo Grouzine.

Tímidamente, al principio, y titubeando, buscando las notas, pero luego con seguridad y soltura, atacó *El canto del cisne,* de Saint-Saens. Después repitió la pieza.

—¿Verdad que es bonita? — preguntó.

La joven, cada vez más emocionada, se detuvo junto a él, diciéndole:

—Compadre, respóndame francamente, como amigo: ¿Qué piensa usted de mí?

—¿Qué quiere que le diga? — contestó Grouzine alcando las cejas. Mucho la quiero, y no pienso sino bien de usted, únicamente bien... Si desea conocer mi opinión, en general, sobre la cuestión que le interesa — continuó, sacudiéndose la manga junto al codo y amohinándose, — le diré que no siempre el seguir los impulsos del corazón procura felicidad a las gentes buenas. Para vivir independiente y dichoso, creo que hace falta no ocultarse que la vida es ruda e implacable en su conservadurismo y responderle como se merece, es decir, mostrarse no menos implacable y rudo en las tendencias a la libertad.

—¡Sí; pero eso no es para mí! — exclamó Zenaida Fedorovna, sonriendo tristemente—. Yo estoy ya cansada, compadre. Tan cansada, que no movería un dedo por mi salvación.

—¡Métase a monja, comadre!

Esto lo dijo a modo de broma, pero sus palabras hicieron brillar lágrimas en los ojos de Zenaida Fedorovna, y luego también en los suyos.

—¡Bueno! — continuó, enjugándose los párpados—. Ya llevo largo rato importunándola. Hasta otro día, madrecita; adiós, amiga querida. ¡Que Dios le dé salud!

Le besó ambas manos, después de habérselas estrechado fuertemente, y prometió volver, sin falta, a los pocos días.

Al ponerse las mangas del abrigo, que parecía de niño, registróse detenidamente los bolsillos para ofrecerme una propina; pero no halló nada.

—¡Buenas noches! — me dijo, entre suspiros.

Y se fué.

Nunca se me olvidará la impresión que tras sí dejó ese hombre. Zenaida Fedorovna continuaba paseándose, trastornada todavía, por la sala. Que se agitase, que sacudiera su torpeza, ya era algo.

Quise aprovechar esa circunstancia para hablarle seriamente, dispuesto a marcharme al instante. Pero apenas se hubo marchado Grouzine, cuando oí otra vez el timbre.

Era Koukouchkine.

—¿Está Jorge Ivanitch?—preguntó—. ¿Ha vuelto?... ¡Cómo! ¿Aun no? ¡Cuánto lo siento!... ¡En ese caso, voy a besar la mano a la señora de la casa, y salgo!... ¡Zenaida Fedorovna! —gritó—. ¡Desearía besar su manecita! ¡Dispénseme una visita tan tarde!

Quedóse poco tiempo en el salón, unos diez minutos a lo sumo. Pero me parecía que llevaba allí una eternidad y que no se iría nunca. Me mordía los labios de despecho y de cólera, y hasta detestaba ya a Zenaida Fedorovna.

"¿Por qué no lo despedía?" refunfuñaba yo, aunque, según toda probabilidad, le agradaba muy poco la compañía de Koukouchkine.

Al tiempo de presentarle yo la pelliza, me preguntó, como para demostrarme una particular benevolencia, cómo diablos podía vivir sin mujer.

—Sin embargo creo que no pierdes el tiempo — añadió, riendo: — seguramente duermes con Paulina... ¡Bribonzuelo!

A pesar de mi experiencia de la vida, en aquella época yo conocía mal a los hombres, y quizás exagerase detalles insignificantes, sin ver tal vez los puntos esenciales. Aquella noche creí adivinar que el animal de Koukouchkine no me adulaba en vano; acaso, en mi calidad de criado, iría yo por todas las cocinas del barrio a contar que él venía a nuestra casa de noche, en ausencia de Orlov, y se quedaba con Zenaida Fedorovna hasta altas horas de la noche. Y así que mis chismes llegasen a oídos de sus amigos, él les amenazaría con el dedo, bajando los ojos con aspecto profundo.

¿Y no adoptará él mismo — pensaba yo, examinando su cara melosa, — esta noche, jugando a las cartas, cierta actitud, y no dejará escapar como por descuido, alguna frase que autorice a creer que ha suplantado a Orlov ante Zenaida Fedorovna?

Aquel odio que tanto me había faltado por la mañana, cuando la visita del viejo Orlov, apoderábase entonces de mí.

Al fin nos había librado Koukouchkine de su presencia; y yo, que escuchaba desde el dintel disminuir el ruido de sus botas en la escalera, sentía fuertes deseos de arrojarle un juramento,

a manera de adiós. Mas, cuando ya no oí sus pasos, volví al vestíbulo, sin percatarme bien de lo que hacía, cogí el rollo de papeles olvidado por Grouzine y salí afuera precipitadamente, como un loco. Sin abrigo y descubierto, me lancé a la calle. No hacía frío, pero soplaba viento y la nieve revoloteaba en grandes copos.

—¡Excelencia! —grité, alcanzando a Koukouchkine. ¡Excelencia!

El se detuvo junto a un farol y dió media vuelta, mirándome perplejo.

—¡Excelencia!—repetía yo, sin aliento—. ¡Excelencia!

Y, no hallando más que decirle, le crucé dos veces el rostro con el rollo. Sin comprender, sin parecer siquiera extrañarse, por grande que fuera su estupefacción, recostóse contra el farol y se protegió la cara con las manos.

En aquel momento pasaba un oficial: vió que yo pegaba a un hombre. Por lo demás, limitóse a examinarnos con cierta sorpresa, luego prosiguió su camino.

Entonces me avergoncé, y volví a casa corriendo.

XII

Con la cabeza mojada de nieve, entré, jadeante, en mi cuarto de criado, y en el acto me quité la librea para vestirme un traje mío. Luego arrastré mi maleta al vestíbulo... ¡Huir!

Pero, antes de huir, volví a mi habitación, me senté ante una mesa y escribí a Orlov:

"Dejo a usted mi falso pasaporte. ¡Consérvelo como recuerdo de mi persona, señor funcionario de San Petersburgo, hombre falso!

"Introducirme con nombre supuesto en una casa, observar tras la máscara de lacayo la vida íntima de otro, verlo todo, oirlo todo, para coger luego, sin estar a ello invitado, a las gentes en flagrante delito de mentira — todo eso creerá usted que se parece mucho a un saqueo.

"Sí, tal vez; pero no me tildo de nobleza en este momento. He sufrido sus almuerzos y sus cenas, en los cuales decía y hacía usted lo que

le venía en ganas, en tanto que yo estaba obligado a mirar, escuchar y callarme: ¡pues bien, no puedo perdonarle eso!

"Además, si no hay nadie junto a usted que pueda exponerle la verdad sin velos, ¡que sea el lacayo Stephane quien le lave un poco su soberbia fisonomía!".

Este principio no me satisfacía nada; pero no tenía ganas de corregir. Por otra parte, era indiferente...

La ventana, con sus cortinas obscuras, la cama, la librea arrugada, arrojada al suelo, y las huellas húmedas que dejaron mis pies, todo ofrecía triste y severo aspecto.

Tenía intensa fiebre, sin duda por haber salido sin chanclos y sin nada en la cabeza. Mi rostro ardía; las piernas me dolían... La cabeza, pesada, inclinábase contra la mesa, y en mi imaginación había ese despliegue en que a cada idea parece acompañar su réplica.

"Estoy enfermo, soy débil, me encuentro moralmente abrumado de fatiga: no puedo escribirle como hubiera querido. Primero tenía ganas de insultarle, de decirle cosas humillantes; ahora, no creo ya tener derecho a hacerlo.

"Usted y yo somos dos hombres caídos a tierra y sin esperanza alguna de levantarnos. Por consiguiente, aunque mi carta fuera de una elocuencia poderosa y terrible, semejaría, no obstante, el sonido que se produce al golpear la tapa de un ataúd: ¡por mucho que se aporree, el muerto no se despierta! Ningún esfuerzo conseguiría

recalentar ya su maldita sangre helada; mejor lo sabe usted que yo.

"¿A qué, pues, escribir?

"Pero mi cabeza y mi corazón arden: escribo, a pesar de todo, y me agito como si esta carta pudiera todavía salvarle y salvarme a mí mismo... Por causa de mi fiebre mis ideas no se enlazan entre sí en mi cabeza, y la plumu cruje al correr por el papel, sin trazar más que palabras desprovistas de sentido; pero la cuestión que voy a plantearle yérguese claramente ante mí, luminosa como el fuego.

"En lo que me conciere, no es difícil explicar por qué he cedido y sucumbido prematuramente. Cual el héroe bíblico, yo levanté en mis espaldas la puerta de Gaza para izarla en la cúspide de la montaña; pero cuando ya estaba del todo agotado, cuando se habían apagado para siempre mi juventud y mi vigor, sólo entonces me persuadí de que esa puerta era harto pesada para mis hombros y de que me había engañado sobre mí mismo. Al propio tiempo me minaba un mal continuo y cruel. Había padecido hambre, frío, enfermedades, la cárcel. En cambio, nunca conocí la dicha ni la conozco aún; no poseo refugio alguno; me abruman mis recuerdos, que a menudo teme mi conciencia.

"Pero usted, ¿por qué ha caído? ¿Qué fuerzas fatales, diabólicas, han impedido que se abra su existencia como una floración de primavera? ¿Por qué, antes de comenzar a vivir, se ha quitado usted el aspecto de criatura semejante a Dios, y

se ha transformado en animal cobarde, que ladra de miedo y que con sus ladridos asusta a los demás?... Teme usted a la vida, la teme como el asiático que, durante días enteros, permanece acurrucado en cojines, ocupado en fumar su narquilé.

"Sí, lee usted mucho, y el traje europeo, el traje de faldones, no le sienta mal; no obstante, ¡con qué atenta solicitud, con qué ciudado de oriental, de príncipe, se preserva del hambre, del frío, del menor esfuerzo físico, del dolor y la inquietud!... Demasiado pronto se ha envuelto su alma en una bata, ¡y cuán pusilámine es usted ante la vida real y ante la naturaleza, contra las cuales debe luchar sin tregua todo hombre normal y sano!

"Se ha creado usted una existencia suave, cómoda, templada, agradable; pero ¡qué fastidiosa!... Sí, se aburre usted mortalmente, con un aburrimiento continuo, con aburrimiento de cárcel celular: verdad es que procura usted escapar también de ese enemigo, jugando a las cartas ocho horas diarias.

"¡Y su perpetua ironía!... ¡Qué bien interpreto yo esa ironía perpetua!

"El pensamiento vivo, sano, libre, es investigador y dominador: es decir, que una imaginación ociosa y perezosa apenas lo soporta. Para que no perturbase su quietud, la encerró usted muy pronto, en su juventud, entre vallas inmutables: adoptó usted como arma un modo irónico — ¡puedo darle otro nombre, es lo de menos! —

de ver la vida, y su entendimiento intimidado, vuelto atrás, no osa ya saltar la valla que ante él ha levantado. Y cuando se burla usted de las ideas, que, según pretende, le son todas conocidas, semeja un desertor, un traidor que huye vergonzosamente del campo de batalla y que, para ahogar en él la vergüenza, se mofa de la guerra y del valor.

"El dolor se amortigua con el cinismo. No recuerdo en qué novela de Dostoievsky, pisotea un anciano el retrato de su hija a quien quiso, y lo hace porque él mismo se ha portado mal con ella. Usted befa trivialmente las ideas de bien y de justicia porque no puede elevarse hasta ellas. Le espanta toda alusión verídica, sincera, a su decaimiento, y se rodea a gusto de gentes que adulan hábilmente sus debilidades. ¡Y no sin motivo, no, no sin motivo teme usted tanto las lágrimas!

"Y a propósito, ¡qué modo de tratar a las mujeres!

"Hemos heredado el impudor en nuestra carne y en nuestra sangre; hemos crecido educados en el impudor. Pero si somos seres humanos es precisamente para domar en nosotros el animal. Cierto es que entrevió usted esta verdad al llegar a la edad de hombre y conocer "todas las ideas". Conoció, pues, esta verdad, y le aterrorizó. Desde entonces, para engañarse a sí mismo, para apagar la voz de la conciencia, quiso usted persuadirse a todo coste de que no era suya la culpa, sino que la única culpable era la mujer

misma, la mujer cuya abyección igualaría la de sus relaciones con ella.

"¿Acaso sus anécdotas frías e indecorosas, su risa sarcástica, sus innúmeras teorías sobre la "cosa", sobre los diez sueldos que el obrero francés gasta, según usted, en la mujer; acaso sus eternas afirmaciones respecto de la lógica de la mujer, de sus mentiras, de su debilidad, etc., etc., acaso no parece todo esto un deseo de rebajar a todo trance a la mujer hasta el fango, para ponerla al nivel de usted?

"Es usted un hombre débil, desgraciado, poco simpático"...

En la sala, Zenaida Fedorovna se puso al piano, procurando recordar la pieza de Saint-Saens ejecutada por Grouzine. Yo fuí a echarme en la cama; pero, acordándome que tenía que irme, me volví a levantar penosamente y, con la cabeza caliente y pesada, me senté de nuevo a mi mesa:

"Y he aquí la cuestión. ¿Por qué estamos cansados hasta ese extremo? ¿Por qué, siendo tan apasionados, tan atrevidos, tan generosos, tan fanáticos del bien, al principio, quebramos moralmente hacia los treinta y cinco años? ¿Por qué, en tanto que uno muere de tisis, otro se levanta la tapa de los sesos y un tercero busca en el alcohol y en los naipes el olvido y, para engañar su angustia, pisotea la imagen de su juventud pura y bella?

"¿Por qué, una vez caídos, no nos afanamos

siquiera por levantarnos? ¿Por qué, al perder una cosa, no buscamos otra?

"¿Por qué?

"El ladrón, en la cruz, supo recobrar la alegría y una atrevida esperanza, aunque quizá no le quedase más de una hora de vida. Usted tiene todavía ante sí largos años, y yo mismo no moriré tan pronto como pudiera suponerse: ¡Ah! ¡si, por cualquier milagro, resultase ser la presente una horrible pesadilla!... ¡Ah! ¡si fuésemos a despertar de ella renovados y puros, fuertes y orgullosos de nuestra verdad!...

"¡Deslúbranme sueños deliciosos y apenas respiro de emoción!

"¡Tengo inmenso deseo de vivir! Quisiera que nuestra vida fuera santa, sublime, majestuosa como el firmamento. ¡Vivamos! ¡Vivamos! No sale el sol dos veces el mismo día, y sólo se nos da una vida única. ¡Agárrese, pues, fuertemente a lo que le queda de vida y sálvelo!"...

No añadí una palabra más. Las ideas me asaltaban en tropel el cerebro; pero se disolvían por no poder ordenarse.

Al terminar la carta, la firmé con mi nombre, al que añadí mis títulos. Luego entré en el gabinete de Orlov. Había obscuridad profunda. A tientas hallé el escritorio y dejé en él la carta.

En la obscuridad debí tropezar con algún mueble y producir ruido, pues de prontó llamó desde la sala una voz inquieta:

—¿Quién anda ahí?

En el mismo momento, un reloj que había en la mesa del despacho, dió delicadamente la una.

Estuve lo menos media hora buscando la puerta de la sala; luego la empujé despacito y avancé.

Zenaida Fedorovna estaba acostada en el sofá. Al entrar yo se enderezó, apoyándose en el codo y me miró. Sin decidirme a hablarle, pasé lentamente ante ella para ir al salón, y me siguió con la mirada.

Permanecí unos minutos en el salón; luego volví a la sala y pasé otra vez delante de ella. Me miró atentamente, con sorpresa mezclada de inquietud.

Al fin me detuve y, sobreponiéndome a mí mismo, dije:

—¡No volverá!

Ella se levantó rápidamente ante mí y miróme sin entender:

—¡No volverá! — repetí; y empezó a latir violentamente mi corazón—. No volverá — añadí, — porque nunca ha salido de San Petersburgo. Habita en casa de Pekarsky.

Zenaida Fedorovna comprendió. Y me creyó. Lo adiviné en su repentina palidez y en el modo de cruzar de pronto los brazos contra el pecho, con aspecto de pavor y de súplica.

En un abrir y cerrar de ojos desfiló por su memoria su reciente pasado; vió claro, descubrió con implacable nitidez toda la verdad.

Mas, al mismo tiempo, acordóse de que yo era

un lacayo, un ser inferior... ¡Un patán de desordenados cabellos, de rostro rojo de fiebre, vestido con una chaqueta vulgar, venía a mezclarse groseramente a su vida íntima! Se ofendió.

—No le preguntan a usted nada — me dijo rudamente—. ¡Váyase!

—¡Oh! ¡créame! — dije en un arranque, tendiendo a ella los brazos—. ¡Créame!... No soy lacayo, soy un hombre, un ser libre como usted misma.

Me nombré al instante y, rápidamente, para impedirle que me interrumpiera o que se fuese a su cuarto, le expuse quién era yo y lo que había ido a hacer a aquella casa.

Esta segunda noticia la emocionó aún más que la primera. Hasta entonces, podía ella conservar, a pesar de todo, la esperanza de que el ayuda de cámara hubiera mentido o disparatado. Pero, después de mi declaración, no podía ya dudar. En la expresión de sus pobres ojos y de su rostro, que, de pronto, envejecido y duro, dejó de ser bello, vi la tortura que padecía y que tal vez hice mal en provocar la conversación. No obstante, proseguí con el mismo ímpetu.

—El senador y la inspección han sido imaginados para engañar a usted... Ya en enero, Orlov fué simplemente a vivir en casa de Pekarsky, como ahora. Yo le veía todos los días, participaba en el engaño. Se consideraba que estaba usted aquí de más, se la detestaba y se hacía mofa de usted... ¡Si hubiera usted podido escuchar detrás de la puerta...! ¡Cómo se divertían

a sus expensas, Orlov y sus amigos! ¡Cómo se burlaban de usted y de su amor!... ¡Ah! ¡Si usted hubiera oído todo eso no se hubiese quedado aquí un minuto más!... ¡Huya de aquí! ¡huya!...

—¡Está bien! — dijo con voz temblorosa, pasándose la mano por los cabellos — ¡está bien!

Tenía los ojos llenos de lágrimas; temblaban sus labios, y todo su rostro, extremadamente pálido, respiraba cólera. La grosera y mezquina mentira de Orlov la sublevaba, le parecía despreciable y ridícula. Zenaida Fedorovna sonreía, pero con una sonrisa que no me gustaba.

—¡Pues bien — repitió, — está bien! Tal vez crea él que voy a morir de humillación... cuando eso me da risa... No necesitaba esconderse.

Se apartó del piano y prosiguió, encogiéndose de hombros:

—No; no necesitaba esconderse. Hubiera debido explicarse claramente antes que rodar por casas ajenas. Tengo ojos y ya hace tiempo que lo he visto todo... Sólo esperaba su llegada para explicarme definitivamente con él.

Dejóse caer en una butaca, cerca de la mesa, y con la cabeza inclinada contra el brazo de un sofá, lloraba amargamente.

No había más que una vela encendida en el cuarto. La butaca en donde estaba sentada Zenaida Fedorovna se hallaba rodeada de tinieblas. Pero yo veía la cabeza y los hombros de la dama sacudidos por escalofríos; veía que sus lindos cabellos, sueltos, le tapaban el cuello, las

manos y el rostro. Sus lágrimas resbalaban, silenciosas, sin parar... Y toda su actitud denotaba la vergüenza por la ofensa recibida, por el orgullo humillado, y el acerbo despecho y cierta cosa de irreparable y horriblemente desesperado que no se puede variar y a la que uno no puede acostumbrarse.

Su dolor me trastornaba: me olvidé de la enfermedad, me olvidé de todo en el mundo. Caminaba yo por la sala, balbuciendo:

—¡Qué existencia la suya! ¡Oh! ¡no debe usted vivir así! ¡no lo debe usted! ¡Eso no es vida; es una locura, un crimen!

—¡Qué humillación! — decía ella, llorando.— ¡Vivir conmigo, sonreirme, cuando yo le pesaba y era a sus ojos ridícula!

Levantó la cabeza y, mirándome a través de sus desordenados cabellos, mojados por las lágrimas, y que le impedían verme bien, me preguntó:

—¿Se han reído de mí?

—A esas gentes todo les parece risible: usted, y su amor, y Turgueniev, por quien según ellos está usted modelada. Y si usted y yo muriésemos de desesperación ahora mismo, pareciérales también risible nuestra muerte. Harían cualquier anécdota divertida y la contarían al enterrar a usted... ¡Bah! ¿A qué hablar de ellos? — dije con impaciencia. — ¡Hay que salir de aquí, y sin demora!

De nuevo rompió a llorar. Yo me acerqué al piano y tomé asiento.

—¿Qué esperamos? — pregunté tristemente. — Son más de las dos de la mañana.

—¡Nada espero! — contestó — ¡estoy perdida!

—¡Vamos, no hable usted así!... Reflexionemos, veamos juntos lo que hemos de hacer. Ni usted ni yo podemos reflexionar más tiempo aquí. ¿A dónde piensa usted ir?

De pronto sonó el timbre del vestíbulo. Sentí ligera turbación. ¿Sería acaso Orlov, a quien quizá se hubiera quejado de mí Koukouchkine? ¡Qué encuentro tendríamos entonces!

Salí a abrir. Era Paulina. Entró, sacudió la nieve de su abrigo, y, sin decir una palabra, retiróse a su cuarto.

Cuando volví a la sala, Zenaida Fedorovna estaba en medio del cuarto, pálida como un cadáver, y con los ojos muy abiertos mirábame venir.

—¿Quién es? — murmuró.

—Paulina — respondí.

—Voy a huir de aquí al momento — balbució, agotada. — Tenga usted la bondad de acompañarme a Petersburgskaia Storona (1.)... ¿Qué hora es?

—Las tres menos cuarto.

(1) Barrio de San Petersburgo.

XIII

Poco después, cuando estuvimos fuera de la casa, en las calles sombrías y desiertas, nevaba, caía una nieve húmeda, y el viento, húmedo también, nos azotaba el rostro.

Si mal no recuerdo, era a principios de marzo: había empezado el deshielo, y los cocheros habían reemplazado ya los trineos por vehículos de ruedas.

Nuestra fuga por la escalera de servicio, el frío, las tinieblas de la noche y la curiosidad del portero, envuelto en una pelliza de piel de cordero, y el cual, antes de dejarnos franquear la puerta cochera, habíanos sometido a un verdadero interrogatorio, todas estas cosas quitaron a la joven su valor y su fuerza.

Una vez en el coche, empezó, temblorosa aún, a expresarme con volubilidad su agradecimiento.

—No dudo de sus sentimientos para conmi-

go; pero siento que se moleste por mí — murmuró. — ¡Oh! ¡comprendo! ¡comprendo!... Esta noche, cuando vino Grouzine, noté claramente que mentía, que me ocultaba algo. Está bien. Pero, sin embargo, me confunde el molestar a usted.

A pesar de todo, la pobre mujer conservaba todavía algunas dudas. Para desvanecerlas definitivamente, ordené al cochero que tomase la calle Serguievskaia. Mandé parar ante la casa de Pekarsky. Apeéme rápidamente y llamé a la puerta. Apareció el portero.

—¿Está Jorge Ivanitch? — le pregunté con voz muy alta, para que pudiera oirme Zenaida Fedorovna.

—Sí está — respondió. — Hace más de media hora que ha vuelto. Debe haberse acostado ya... Pero ¿por qué? ¿Qué le querías?

Zenaida Fedorovna no pudo permanecer sin asomarse por el coche.

—¿Hace mucho que vive aquí Jorge Ivanitch? — preguntó al portero.

—Más de quince días.

—¿Y no ha ido a ningún sitio, de viaje?

—A ningún sitio — contestó el portero.

Y me miraba asombrado.

—Dile, mañana, que su hermana ha venido de Varsovia para verle — le dije. — ¡Buenas noches!

Continuamos nuestro camino.

Nuestro coche no tenía capota. La nieve caía sobre nosotros a grandes copos y el viento nos penetraba hasta los huesos. Me parecía que lle-

vábamos ya rodando mucho tiempo, que mucho tiempo hacía que sufríamos y que también hacía mucho tiempo que oía yo la precipitada respiración de Zenaida Fedorovna.

Con rápida mirada, como en un semidelirio, abarqué mi vida pasada, desordenada y extraña, y, no sé por qué, recordé de pronto un drama, los *Pordioseros de París,* que, en mi ñinez, me habían llevado a ver un par de veces. Y, tampoco sé por qué, cuando, queriendo sacudir mi somnolencia, asomé la cabeza para echar una ojeada afuera, y vi el alba, todas las imágenes de lo pasado, todos mis pensamientos brumosos fundiéronse en una sola idea clara y fuerte, a saber: que nosotros dos, Zenaida Fedorovna y yo, estábamos perdidos sin recurso posible.

Estaba tan cierto de ello como si en el cielo azul y frío hubiera leído una profecía. Pero, momentos después, pensaba yo en otra cosa, creía en otra cosa...

—¿Qué va a ser de mí ahora? — se preguntaba Zenaida Fedorovna, con voz enronquecida por la humedad y el frío. — ¿Qué hacer? ¿A dónde ir a parar?... Grouzine me ha dicho: "¡Métase a monja!" ¡Oh! ¡a gusto lo haría! Cambiaría de vestido, de rostro, de nombre, de ideas... de todo, de todo, y me sepultaría para siempre en un convento... Mas no me admitirían: estoy en cinta.

—Mañana partiremos juntos para el extranjero — propuse.

—No puede ser: mi marido no me dará pasaporte.

—Yo haré que cruce usted la frontera sin pasaporte.

El cochero nos dejó en una casa de madera de dos pisos, estucada de color oscuro. Llamé. Al recibir de mis manos un cofrecillo, único equipaje que llevábamos, Zenaida Fedorovna dejó ver una vaga sonrisa:

—Son mis alhajas...

Pero estaba tan débil que no podía sostener la caja. Tardaban en abrirnos. Llamé tres veces, luego otra. Al fin aparecieron luces en las ventanas; oyéronse ruído de pasos, de tos, de cuchicheos... Crujió una cerradura y en el vano de la puerta apareció una mujer gruesa, de rostro enteramente colorado. Tras ella, distinguí a una viejecita delgaducha, de cabellos grises cortados, con camisón blanco y una vela en la mano.

Zenaida Fedorovna penetró en el recibimiento y arrojóse al cuello de la viejecilla.

—¡Nina! ¡Me han hecho traición! — exclamó entre sollozos. — ¡Me han hecho traición vilmente, odiosamente! ¡Nina!... ¡Nina!...

Entregué la arquita a la mujer gruesa.

Cerróse la puerta; pero seguí oyendo sollozos y el grito: "¡Nina!..." Monté otra vez al coche y di orden al cochero de que me llevase a la Perspectiva Nevsky. Yo también tenía que buscar albergue para la noche.

XIV

La tarde siguiente, a hora ya avanzada, fuí a ver a Zenaida Fedorovna.

La encontré muy cambiada. Ya no había señales de lágrimas en su rostro fatigado y pálido; su fisonomía no era la misma... ¿Sería porque la miraba en un medio muy diferente y muy poco lujoso, o porque entonces eran ya mus distintas nuestras relaciones, o finalmente, porque ya llevaba la huella de su pena? Zenaida Fedorovna no me parecía ya tan elegante como antes. Su esbelta figura habíase como achicado; su andar, sus movimientos, las facciones, denotaban una nerviosidad sin causa; sus gestos eran bruscos, cual si tuviera prisa, y hasta su sonrisa misma carecía de la dulzura de otros tiempos.

Yo vestía un traje muy caro, comprado ese mismo día. Ella examinó primero mi ropa y el sombrero que tenía en la mano; luego dirigió una

mirada, a la vez escrutadora e impaciente, a mi fisonomía, como para estudiarla.

—Su transformación me parece un prodigio — dijo. — Dispénseme que le mire con tanta curiosidad. ¡Es usted un hombre extraordinario!

Una vez más le dije quien era yo y con qué objeto me había colocado en casa de Orlov. Le repetí todo ello más extensamente y con más detalles que la víspera. Zenaida Fedorovna escuchaba con atención, pero, interrumpiendo mi relato, me dijo:

—Mire, allí todo acabó. No he podido dejar de escribir una carta, y vea usted la respuesta.

En una hoja que me enseñó, había estas palabras, escritas de puño y letra de Orlov:

"No intentaré justificarme, pero convenga en que es usted quien se equivocó, no yo. Le deseo mucha felicidad y le suplico olvide cuanto antes.

"Su respetuoso S. S.

"q. s. m. b.
"J. O.

"P. D.—Le envío sus cosas".

Las cajas y cestas enviadas por Orlov estaban en la sala, y entre ellas mi lastimosa maleta.

—Por consiguiente... — empezó Zenaida Fedorovna.

Mas no terminó la frase.

Estuvimos un rato sin decir nada.

Tomó ella la carta de Orlov y la tuvo dos minutos ante los ojos. En aquel momento su cara adquirió la misma expresión altanera, orgullosa y dura que tenía la víspera, al principio de nuestra conversación. Las lágrimas le humedecieron los párpados; pero no eran ya lágrimas amargas de pena y debilidad, sino llanto de rabia y orgullo.

—¡Oiga! — dijo, levantándose con rápido movimiento y encaminándose a la ventana para ocultarme su rostro: — estoy decidida; me voy con usted al extranjero, y mañana mismo.

—Muy bien. Estoy dispuesto a marchar hoy, si así lo desea.

—¡Haga de mí su recluta!... ¿Ha leído usted a Balzac? — preguntó de repente, volviéndose. — ¿Conoce usted su novela *Papá Goriot?* Termina por una escena en que el héroe, contemplando a París desde lo alto de una colina, tiende el puño hacia él y le grita: "¡Ahora nos veremos!" También yo, cuando por la portezuela del vagón contemple por última vez a San Petersburgo, clamaré: "¡Ahora nos veremos!"

Y, dicho esto, se sonrió de su salida, al tiempo que se le estremecía todo el cuerpo; no sé por qué.

XV

En Venecia tuve una pleuresía.

Sin duda me enfrié en el trayecto de la estación a la Fonda Bauer. Tuve que acostarme y guardar cama por quince días.

Durante esa enfermedad, Zenaida Fedorovna dejaba todas las mañanas su cuarto para venir al mío. Desayunábamos juntos; luego me leía tomos franceses o rusos, de los cuales habíamos hecho provisión en Viena. Ya conocía yo de tiempo atrás todos esos libros, o no me interesaban; pero, a mi lado, resonaba una voz querida y buena, de modo que, en el fondo, el contenido de dichos tomos se resumía para mí en estas palabras: "Ya no estoy solo en el mundo".

Zenaida Fedorovna salía, paseaba, luego volvía vestida con traje gris claro y fresco sombrero de paja, alegre, calentada por el sol primaveral; sentábase a la cabecera de mi lecho e, in-

clinándose sobre mi rostro, me contaba algo de Venecia o me leía de nuevo, y yo me encontraba muy a gusto.

De noche estaba helado, tenía dolores y me fastidiaba. Pero, durante el día, me emborrachaba de vida: es el término más exacto, el mejor que puedo emplear para definir el estado en que a la sazón me hallaba.

El sol caliente, deslumbrador, que penetraba tumultuosamente por las ventanas y por la puerta vidriera del balcón, abiertas todas de par en par; los ruidos y voces de la calle, el chapoteo de los remos, el tañer de las campanas, el prolongado retumbar del cañón, el mediodía, y, sobre todo, el sentimiento de libertad plena, obraban en mí como milagros. Se me antojaba que me salían alas en los costados, alas anchas y poderosas, que me transportaban a cualquier región alta y lejana.

¡Y qué encanto, qué delicia tan pura saboreaba yo al pensar que otra existencia evolucionaba ahora junto a la mía, que yo era el siervo, el guardián, el amigo, el compañero indispensable de un ser joven, elegante y rico, ofendido, herido, abandonado!

¡Hasta el estar enfermo es una dicha cuando se sabe que alguien espera la curación como una fiesta! Un día, oí a Zenaida Fedorovna que, tras la puerta, conversaba en voz baja con el médico. Luego la vi entrar en mi cuarto, con los párpados preñados de lágrimas: ¡mala señal!;

pero me enternecí en grado sumo y se me alivió el alma...

Y ved aquí que ya me permiten salir al balcón. El sol y la suave brisa que viene del mar acaricia mi carne dolorida. Contemplo las góndolas que, por debajo de mi ventana, se deslizan con gracia femenina, ágiles o majestuosas, cual si percibieran toda la magnificencia de esta civilización original y arrobadora. Llega a mí el olor salino del mar. Las graves cuerdas de un instrumento vibran en alguna parte, dos voces cantan a una. ¡Cuán bello es todo esto! ¡Cuán diferente de aquella noche de San Petersburgo en que caía nieve derretida y en que el viento norte nos azotaba tan cruelmente el rostro!... Si se mira allá, derecho ante sí, a través del canal, se divisa el Adriático: en el horizonte lejano centellea tan fuertemente el sol en el agua, que hace daño a la vista. ¡Me siento atraído por el mar amigo, al cual di mi juventud!... Y tengo deseos de vivir. De vivir solamente: ¡nada más!

A los quince días ya podía salir a mi gusto.

Me entusiasmaba sentarme al sol; oir a mi gondolero, sin entenderle; mirar horas enteras la casita en que dicen que vivió Desdémona, casita cándida y melancólica, con aspecto de pureza virginal, calada como un encaje y tan ligera que creyérase moverla empujándola con el pie.

Deteníame largo rato ante la tumba de Cánova, sin poder apartar mis ojos del león triste. Lo que más me gustaba del palacio de los Do-

gos, era la esquina en que estaba estucado de negro el retrato del infortunado Marino Faliero. "¡Bello es ser pintor, poeta o dramaturgo!, pensaba yo; pero, puesto que nada de eso me es accesible, quisiera a lo menos volverme místico... ¡Ah! ¡si a esa paz perfecta, a ese contento que me invadía el alma, se hubiera añadido aunque solo fuera una partícula de fe, de fe en alguna cosa!..."

Por la tarde comíamos ostras, bebíamos vino de Chipre, errábamos por la ciudad... Aún lo recuerdo: nuestra góndola negra balancéase indolentemente en su sitio; el agua apenas cabrillea sobre ella. Acá y acullá titilan y vacilan los reflejos de las estrellas y de las luces. No lejos de nosotros, en una góndola iluminada con farolillos multicolores que se duplican en el espejo del canal, hay gente que canta.

Sonidos de guitarras, violines y bandolas, voces de hombres y mujeres espárcense por las tinieblas. Zenaida Fedorovna, pálida, grave, casi severa, está a mi lado, con los labios contraídos y con las manos fuertemente unidas. Medita y permanece tan inmóvil que ni aún parpadea. No me oye.

Su actitud, su rostro, su mirada fija y exenta de expresión, sus recuerdos infinitamente dolorosos, la nieve, el frío de San Petersburgo, y además, en derredor suyo, aquellas luces, la música aquella, las canciones, con su enérgico y apasionado

ritornelo: "Jam-mo!... Jam-mo!" ¡Qué contrastes!

Cuando estaba sentada de ese modo, las manos crispadas una contra otra, dolorosas, tenía para mí que ella y yo éramos personajes de alguna rancia novela, titulada: *Infortunada* o *Abandonada,* o cualquier otra cosa por el estilo. Ella era la abandonada, la desdichada, y yo el amigo fiel, cariñoso, el soñador y, si se quiere, "el hombre de más", especie de fracasado que ya no es capaz de nada, no siendo de toser, de desvariar y quizá de sacrificarse... ¿Mas quién aceptaría ya mis sacrificios? ¿Y a qué iba a sacrificarme?... También es justo preguntarme: "¿Qué podría yo ofrecer en sacrificio?"

Después de nuestros paseos vespertinos tomábamos siempre el té en el cuarto de Zenaida Fedorovna y charlábamos. No temíamos tocar nuestras recientes llagas, mal cicatrizadas todavía. Al contrario, yo sentía, no sé por qué, cierto placer en contar mi vida de lacayo, o en hablarle de algunos detalles que no pude dejar de percibir en casa de Orlov.

—Había momentos en que yo la odiaba — le decía. — ¡Cuando Orlov tenía caprichos o condescendía hasta ser casi amable, o le mentía a usted, me incomodaba que usted no viese, no comprendiese lo que, sin embargo, era tan claro!... Usted le besaba las manos, se arrodillaba ante él, le alagaba...

—Cuando le besaba las manos y me arrodilla-

ba ante él, le amaba — respondía, sonrojándose, Zenaida Fedorovna.

—¿Pero tan difícil era penetrar en él?... ¡Ni que fuera una esfinge! Buena esfinge, en verdad: ¡Un funcionario, un hombre de la corte!... Nada le hecho a usted en cara, ¡Dios me libre!— continué, notando que era un poco brutal, que me faltaba la urbanidad y la delicadeza necesarias para interrogar el alma ajena.

En otros tiempos, antes de conocer a Zenaida Fedorovna, no me conocía yo ese edefecto.

—Pero — repetí en voz baja y menos segura, — ¿cómo no ha adivinado usted a ese hombre?

—¿Desprecia usted mi pasado?... Tiene razón — decía ella, presa de emoción intensa. — Pertenece usted a una categoría de hombres aparte, que no se pueden someter a la medida común; tiene usted exigencias morales de un rigor excepcional, y comprendo que no pueda perdonar nada... Le comprendo, y si a veces le contradigo, no es porque considere yo las cosas diferentemente que usted, sino porque continúo exponiendo mis antiguas nimiedades, porque sigo usando mis antiguos vestidos, mis antiguas preocupaciones... Sin embargo, yo misma examino ahora mi pasado, examino a Orlov y mi amor... ¡Qué amor era el mío!... ¡Ahora — añadió, acercándose a la ventana abierta y mirando el canal — todo me parece ridículo!... Todas esas caricias no hacen más que turbar la conciencia y falsear la razón. ¡Vivir es luchar!

¡Pisotear la cabeza inmunda del reptil y aplastarla!... Vivir no es más que eso; de no ser así, la vida no tiene objeto alguno...

Yo le conté mi historia y le narré mis aventuras, muchas de las cuales eran verdaderamente sorprendentes, verdaderamente prodigiosas. Pero nada le di a entender del cambio operado en mí. Ella me escuchaba atenta, demostrando por señas, al llegar a los puntos más interesantes, su impaciencia y disgusto por no haber vivido semejantes aventuras, con iguales temores y alegrías.

Mas, de repente, se quedó pensativa, concentróse en sí misma y dejó de escucharme.

Yo cerré la ventana, preguntando si había que hacer fuego en la chimenea.

—No — me dijo con pálida sonrisa, — no hace falta. No tengo frío... Me parece que de muy poco tiempo a esta parte soy mucho más lista. Se me ocurren ideas originales, nada ordinarias. Así, cuando, por ejemplo, pienso en mi pasado, en mi vida de antes... en fin, en las gentes... todo se confunde para mí en una imagen única: la imagen de mi madrastra... Grosera, insolente, absolutamente egoísta, depravada y falsa, era morfinómana para colmo. Mi padre, sér débil y sin genio, se había casado con mi madre por la dote, y la maltrataba hasta el extremo de que murió de disgustos; pero a la otra, a la madrastra, amábala apasionadamente, con locura... ¡Ah! ¡cuánto he padecido!... ¡Mas no hablemos de eso!... Decía, pues, que todo mi pasado se resumía en dicha imagen... Y ahora siento

que no exista ya mi madrastra. Hoy quisiera verla...

—¿Para qué?

—¡No sé! — respondió, moviendo la cabeza con bonito ademán. — ¡Buenas noches!... ¡Ea! ¡Restablézcase pronto! En cuanto esté usted mejor, empezaremos a tratar de nuestros asuntos... ¡Ya es hora!

Le di las buenas noches. Cuando daba ya la vuelta al picaporte, me dirigió esta pregunta:

—¿Cree usted que Paulina esté todavía en casa de Orlov?

—Es probable.

Y me fuí.

Así vivimos un mes entero.

Una tarde sombría, estando ambos en mi cuarto, junto a la ventana, contemplando en silencio las nubes, que el viento del mar empujaba hacia nosotros, y el canal, de un color azul duro y helado, esperando ver caer a chaparrones la llovizna que ya velaba el horizonte del mar, uno y otro sentimos de pronto una impresión de tedio.

El mismo día partimos para Florencia.

XVI

Estábamos en Niza, el otoño.

Al entrar yo una mañana en el cuarto de Zenaida Fedorovna, la vi sentada en una butaca, con las piernas cruzadas, encorvada, hundida, con el rostro entre las manos; su magnífica cabellera despeinada caíale por las rodillas.

La sensación que acababa de producirme la maravillosa bahía Sant-Angelo, sensación que tenía ganas de compartir con ella, se disipó de pronto y se me encogió el corazón.

—¿Qué sucede? — pregunté.

Con una seña me indicó que me retirase.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué llora usted? — repetí.

Y por vez primera, desde que nos conocíamos, le besé la mano.

—¡Nada! ¡no es nada! — dijo rápidamente. —

¡Ah! nada, nada... Déjeme... Ya ve que no estoy vestida...

Me retiré, sumamente turbado. Acaba de envenenarse la paz y la quietud en que llevaba yo tanto tiempo viviendo. Tenía un deseo apasionado de postrarme a sus pies para suplicarla que no llorase sola, que me asociase a su pena. El monótomo ruido de las olas mugía entonces en mis oídos como una profecía siniestra; sospechaba yo nuevas lágrimas y más dolores en lo por venir.

"¿Por qué lloraba?" me preguntaba a mí mismo, recordando su rostro, su mirada de ansiedad. Me acordé que estaba en cinta. Ella se afanaba en ocultar su estado a los demás y de ocultárselo a sí misma. En su cuarto, Zenaida Fedorovna vestía una holgada bata, o un corpiño de muchos pliegues que se ahuecaban exageradamente sobre el pecho. Para salir se apretaba tanto el corsé, que dos veces le había ya ocurrido perder el conocimiento durante el paseo.

Nunca me hablaba de su embarazo, y cierto día en que insinué que debía consultar un médico, se puso colorada y no contestó...

Cuando, poco después, volví a su habitación, ya estaba vestida y peinada.

—Vamos, vamos, sosiéguese — le dije al ver su cara descompuesta—. Venga a admirar el mar; hablaremos por el camino.

—No tengo humor para hablar... Dispénseme; me encuentro en uno de esos momentos en que se quiere estar sola... Además, le ruego,

Vladimiro Ivanitch, que otra vez que quiera entrar en mi cuarto, se sirva llamar previamente a la puerta.

Ese "previamente" sonó no sé de qué modo singular y nada femenino.

Me fuí. Caí de nuevo en ese desdichado estado de ánimo que tanto me hizo padecer en San Petersburgo. Todos mis ensueños se redujeron y ajaron como hojas secas por el calor. Notaba yo que no había afinidad entre nosotros, que otra vez estaba solitario. Yo era para ella lo que es, por ejemplo, para la palmera, la tela de araña que en ésta se engancha por casualidad y que el primer soplo de viento arranca y se lleva.

Di una vuelta por el parque en donde tocaba la música; luego entré en el casino. Allí vi mujeres, mujeres vestidas con lujo y muy perfumadas. Cada una me dirigía una mirada que significaba: "¡Hola! ¿te has quedado solo? Lo siento ¡cómo ha de ser!..."

Luego salí a la terraza y miré el mar un buen rato. A lo lejos, en el horizonte, no se veía una vela. A izquierda, en la violada bruma, descubríanse montes, jardines, torres, casas. Sobre todo esto resplandecía el sol; pero todo era para mí indiferente, extraño, borroso...

XVII

Zenaida Fedorovna venía a mi cuarto, como antes, todas las mañanas, a desayunar conmigo; pero no comíamos ni cenábamos juntos. Decía ella que no tenía apetito, y alimentábase sólo de café, té o ligeras golosinas, como caramelos o naranjas.

Ya no conversábamos por las tardes. Desde que la sorprendí llorando, me trataba con alguna ligereza, a veces con negligente desdén y hasta ironía, y, no sé por qué, me llamaba "querido". Lo de mi pasado, que antes le parecía maravilloso, heroico y terrible, y provocaba en ella envidia y entusiasmo, ya no le interesaba, y después de escucharme hasta el fin, solía decirme ahogando un bostezo:

—¡Sí, todo eso ha sido; todo eso fué, señor mío!

Por otra parte, sucedía no verla yo durante

días enteros... Tímidamente, con apariencia culpable, llamaba yo a su puerta: no contestaba. Volvía a llamar: igual silencio. Permanecía junto a la puerta aguzando el oído. Pasaba la criada y me decía: "La señora ha salido". Entonces empezaba yo a pasear por el pasillo de la fonda, andaba y más andaba... Me cruzaba con ingleses, con damas de opulento talle, con camareros de frac... Y con los ojos sobre la rayada alfombra, que reinaba en toda la longitud de aquel pasillo interminable, acudía a mi imaginación la idea de que en la vida de aquella mujer representaba yo un papel extraño, tal vez falso, y que no estaba en mi poder modificarlo.

Corría a encerrarme en mi cuarto, me echaba en la cama y reflexionaba, reflexionaba eso y más; pero sin poder descubrir salida alguna para mi situación. Lo único que veía claro es que quería vivir, y que, cuanto más seco y duro se volvía su rostro y cuanta más gracia perdía, tanto más cara me era y con tanta mayor fuerza y tanto mayor dolor sentía yo el lazo que a ella me unía.

¡Acepto lo de "querido", acepto el tono ligero y algo desdeñoso, lo aceptaría todo; pero no me abandones, tesoro mío adorado!... Ahora me espanta el quedarme solo...

Luego voy de nuevo al pasillo para esperarla... No ceno, no me entero de que la noche pasa. Al fin, entre las diez y las once, oigo los pasos que tan bien conozco y, a la vuelta de la escalera, aparece Zenaida Fedorovna.

—¿Se pasea usted? — me pregunta al pasar delante de mí—. Mejor estaría en la calle para pasear... ¡Buenas noches!

—¿Ya no la volveré a ver hoy?

—Me parece que es tarde. Sin embargo, si usted desea...

—Dígame, ¿a dónde ha ido? — continué, siguiéndola a su cuarto.

—¿Que a dónde he ido? A Monte Carlo... ¡Mire! — y sacó del bolsillo una docena de luises—. He ahí lo que he ganado a la ruleta, señor mío.

—No ha jugado usted... no; ¿verdad que no?

—Sí. ¿Por qué no?... Pienso volver mañana.

Me la imaginaba afeada, en cinta, enclenque, apretadísima, sentada ante el tapete verde, en medio de cortesanas, de viejas locas, amontonadas junto al oro, como moscas en la miel... Y me preguntaba a mí mismo por qué razones iba a Monte Carlo, ocultándose de mí.

—No la creo — le dije una noche, — no ha ido usted allí.

—No se preocupe; no puedo perder mucho.

—No se trata de lo que usted pueda perder — repliqué enfadado—. ¿No ha pensado nunca, al jugar allí, que el brillo del oro, que todas esas mujeres, jóvenes o viejas, esos *croupiers,* ese medio, que todo, en una palabra, es un insulto cobarde y odioso a la labor del obrero, a su sudor de sangre?

—¿Y qué quiere usted que se haga en este

país, si no se juega?... Además, esa "labor del obrero" y ese "sudor de sangre", es elocuencia que le ruego reserve para mejor ocasión. Hoy, ya que ha atacado usted este punto, permítame dirigirle claramente una pregunta: ¿Qué tengo que hacer yo aquí? ¿Y qué voy a hacer, en general?

—¿Qué hacer? — dije, encogiéndome de hombros—. No se puede responder inconsideradamente a tal pregunta.

—Le exijo una respuesta franca — continuó ella irritada—. Si he decidido plantearle esta cuestión, no será indudablemente para contentarme con una respuesta vaga. Le suplico — insistió, golpeando la mesa con la palma de la mano, cual si llevara el compás — que me diga qué tengo que hacer aquí... Y no sólo aquí, en Niza, sino en general.

Yo callaba, mirando por la ventana el horizonte del mar. Mi corazón latía con violencia.

—Vladimiro Ivanitch — prosiguió más tiernamente, con voz entrecortada, como si le costase trabajo expresarse, — Vladimiro Ivanitch, si usted mismo ya no tiene fe en su causa, si no se cuida ya de servirla: ¿por qué me ha traído de San Petersburgo aquí? ¿Por qué me hizo usted promesas y suscitó en mí esperanzas?... Sus convicciones se han modificado, ha variado usted: claro que nadie intenta reprochárselo como un crimen, que a veces nuestras convicciones escapan a nuestra voluntad... Pero, en nombre de Dios, ¿por qué no es usted sincero, Vladimiro Ivanitch? — prosiguió diciendo ella con el mis-

mo dulce acento y acercándose a mí—. Cuando, todos estos últimos meses, yo tenía sueños en voz alta, cuando forjaba proyectos que me transportaban, que derrumbaban mi vida de arriba a abajo, para edificarla sobre nuevas bases, ¿por qué me alentaba con sus relatos? ¿Por qué demostraba usted, por su actitud, simpatizar enteramente conmigo? ¿Por qué procedía usted de ese modo?

—Es difícil que uno confiese su quiebra — contesté sin levantar la vista hacia ella—. Sí, es verdad, ya no tengo fe en mi causa, estoy agotado, he perdido mis fuerzas morales... Es penoso ser sincero, cuesta mucho: he ahí por qué callaba... A nadie deseo que padezca lo que yo he padecido...

Noté que estaba a punto de prorrumpir en sollozos, y me detuve.

—Vladimiro Ivanitch — me dijo, asiéndome ambas manos, — usted ha vivido y padecido mucho; tiene mucha más experiencia que yo: Consúltese seriamente y dígame lo que tengo que hacer. ¡Instrúyame! ¡Ya que no tiene usted la energía necesaria para perseverar en su camino y guiar a los demás, enséñeme al menos el camino! Considere que soy una criatura humana, joven, que siente y piensa. Prolongar una posición falsa, representar no sé qué papel absurdo... me es imposible. Nada le reprocho, no le acuso: le suplico...

Sirvieron el té.

—¡Vamos! — dijo Zenaida Fedorovna, ofreciéndome una taza—. ¿Qué me contesta usted?

—¡No entra toda la luz por una sola ventana! ¡Hay más guías que yo, Zenaida Fedorovna!

—¡Pues bien, indíquemelos! ¡Es todo cuanto le pido!

—Quiero decir que se puede servir las ideas en más de un terreno. Si uno se ha engañado, si ha perdido la fe en una idea, puede adherirse a otra. El mundo de las ideas es vasto e inagotable.

—¡El mundo de las ideas!... — repitió, arrojando la servilleta con un mohín de indignación y desdén—. ¡Todas sus buenas ideas veo que se resumen en la conclusión inevitable y necesaria de que yo debo ser su concubina, y convergen a ella!... ¡Según usted, eso es lo que he de hacer!... ¡Tener sed de ideas y no ser amante del hombre más "hombre de ideas" que existe, es, evidentemente, no entender nada de ideas!... Primero hay que empezar por dormir juntos: lo demás vendrá naturalmente, ¿no es eso?

—Muy encolerizada está usted, Zenaida Fedorovna! — le dije.

—¡No!—exclamó ella—. ¡Soy franca!—Apenas podía respirar—. ¡Franca, nada más!

—Quizá lo sea usted en efecto; pero se equivoca, y sus palabras me afligen.

—¡Que me equivoco! — exclamó con una carcajada—. ¡Ah! ¡más le valiera callar, señor mío!... Voy a parecerle desprovista de la más elemental delicadeza, y hasta cruel; pero ¡no importa! —

y me preguntó—: ¿Me ama usted, verdad?... ¿Verdad que me ama?

Yo me encogí de hombros.

—¡Oh, sí, encójase! — exclamó con el mismo acento sarcástico—. Cuando estaba usted enfermo le oí hablar delirando y sorprendí su confesión... Además, esos ojos en continuo éxtasis ante mí, esos suspiros, esas frases tan intencionadas sobre la fraternidad de las almas, sobre las afinidades espirituales... Mas lo principal para mí es esto: ¿Por qué no ha sido usted franco hasta ahora? ¿Por qué me ocultaba lo que había y me embaucaba con lo que ya no había? Si me hubiera expuesto desde un principio las verdaderas ideas que le impulsaban a sacarme de San Petersburgo, habría sabido a qué atenerme. Me hubiese envenenado simplemente, cual era mi deseo, y así me hubiera ahorrado la insípida comedia de hoy... ¡Eh! — añadió con un ademán de desesperado abandono—. ¿De qué sirve, por otra parte, esta conversación?

Sentóse otra vez.

—Me habla usted en un tono... como si sospechase que he abrigado perversas intenciones respecto de usted...

—¡Bueno! ¡bueno! No hace falta insistir. No son sus intenciones lo que recrimino, sino la ausencia de intenciones. Fuera de las ideas y el amor, no había nada en usted... ¡Hoy no hay más que el amor y las ideas; pero, mañana, tendré que convertirme en su concubina, ¡sí!... porque así es la regla, tanto en las novelas como en

la realidad... Usted le condenaba a él—añadió aporreando la mesa con la palma de la mano—. Y sin embargo, hay que acogerse a su opinión; él desprecia todas las ideas; ¡en medio de todo, no le falta razón!

—¡No desprecia las ideas, las teme! — grité. —¡Es un hombre despreciable, un embustero!

—¡Bien! ¡bien!... ¡Podemos hablar! ¿Es embustero y despreciable porque me ha engañado?... Bueno; pero ¿y usted? Dispense, por favor, tan franca pregunta: ¿y usted?... El me engañó y hasta me abandonó, en San Petersburgo; usted me ha engañado, me ha abandonado aquí... Pero, cuando menos, él no se atribuía ideas, mientras que usted...

—¡En nombre de Dios! ¿por qué dice usted eso?—exclamé aterrorizado, lanzándose a ella—. No, Zenaida Fedorovna, no, no está permitido dejarse llevar a semejante desesperación... Escúcheme — continué, agarrándome a una idea que súbitamente se aclaraba en mi imaginación—. Escúcheme. Han cruzado por mi vida muchos acontecimientos, tantos, que su solo recuerdo me produce vértigo... Y hoy, con toda mi alma dolorida, con todo mi entendimiento, he comprendido que el hombre no tiene más que una razón de ser, una sola: el amor, el amor que se sacrifica a todo... ¡He ahí mi religión!

Quise luego predicar clamencia y perdón; pero mi voz sonaba a ficción y me turbé.

—¡Quiero vivir! — exclamé con más sinceridad—. ¡Quiero vivir!... Quiero paz, calma, quiero

este calor, este mar, y tener a usted a mi lado... ¡Oh! ¡Cuánto desearía inspirar a usted también ese deseo apasionado de vivir!... Usted ha hablado de mi amor; pero yo me contentaría con saber que la tengo a mi lado, con oir su voz, con contemplar su rostro...

Ella se sonrojó y, para impedirme continuar, declaró vivamente:

—¡Usted ama la vida y yo la aborrezco! Luego, no vamos por el mismo camino.

Vertióse una taza de té; mas no la tocó. Poco después fué a su cuarto a acostarse.

—Creo — dijo desde allí — que es obvio prolongar esta conversación. Para mí todo ha concluído y no deseo nada... ¿A qué, pues, estos discursos?

—¡No, no ha concluído todo para usted!

—¡Bueno! ¡bueno!... Yo ya sé lo que digo... ¡Y estoy harta!... ¡Muy harta!...

Me quedé un momento de pie, y luego caminé unos minutos por el cuarto. Al fin me fuí al pasillo.

A media noche volví a escuchar a su puerta y percibí claramente sollozos ahogados.

A la mañana siguiente, al traerme la ropa, el mozo me anunció, con una sonrisa, que la "señora del trece" daba a luz.

Vestíme a escape, y, trastornado, entré en el cuarto de Zenaida Fedorovna. En sus habitaciones había un médico, una comadrona y una dama

rusa de edad, llegada de Kharkof y llamada Daría Mijailovna. Allí olía a éter.

Apenas hube traspasado el umbral de la habitación, cuando, desde el cuarto, me llegaron los quejidos de la enferma, y, cual si el viento los trajese de Rusia a mis oídos, me acordé de pronto de Orlov, de su ironía, de Paulina, del Neva, de los grandes copos de nieve, del coche sin capota, de la siniestra profecía que leí en el cielo glacial de la mañana y del grito desesperado de: "¡Nina!... ¡Nina!..."

—¡Entre a verla! — me dijo la dama rusa.

Entré en el cuarto de Zenaida Fedorovna con la misma impresión que si hubiera sido yo el padre.

Estaba acostada, con los párpados cerrados, el rostro estirado y pálido, bajo una cofia de encaje blanco. Observé la doble expresión de aquel rostro: indiferencia débil y fría y un aspecto infantil que le daba la cofia blanca.

No me oyó entrar, o tal vez me oyera; pero sin parar la atención en mi presencia. Me quedé no lejos de ella y no le quitaba la vista. Yo esperaba.

De repente, contrájosele el rostro, por la influencia del dolor. Abrió los ojos y los alzó hacia el techo, como para empaparse de lo que sucedía... Su fisonomía reveló repugnancia.

—¡Qué miseria! — exclamó muy bajito.

—¡Zenaida Fedorovna! — llamé débilmente.

Me miró, con su aspecto de triste apatía, y

cerró los párpados. Esperé un rato más y luego me retiré.

Por la noche, Daría Mijailovna me anunció que Zenaida Fedorovna había dado al mundo una niña; pero que la madre estaba gravísima.

Luego todo era ir y venir; producíase ruido en el pasillo... Daría Mijailovna volvió otra vez a mi cuarto, con la faz desolada por la desesperación, torciéndose las manos y lamentándose:

—¡Esto es terrible, terrible! ¡El médico sospecha que Zenaida Fedorovna se ha envenenado!... ¡Oh! ¡Qué mal se portan aquí nuestros paisanos!...

Y al mediodía siguiente, Zenaida Fedorovna murió...

XVIII

Transcurrieron dos años.

Las circunstancias habían variado en Rusia y pude volver a San Petersburgo, en donde desde entonces podía vivir sin esconderme.

Ya no temía ser y parecer sensible en exceso, y me absorbía en el amor paterno, o, más exactamente, en la idolatría que tenía por Sonia, la hija de Zenaida Fedorovna.

Yo la alimentaba con mis manos, la acostaba yo mismo; pasaba noches enteras a su lado contemplándola; y no podía contener una exclamación cuando me parecía que se le iba a caer al ama.

Con el tiempo se hizo aun más fuerte e imperioso mi deseo de una existencia ordinaria, regular, burguesa; pero los antiguos y vastos proyectos, de que antes formaba el centro ese deseo, convergían todos en Sonia, como si al fin hu-

bieran hallado exactamente en ella lo que me era esencialmente necesario.

Yo amaba con delirio a la niña.

Esta se me aparecía como la continuación de mi ser, como mi supervivencia, y yo sentía con nitidez, creía con fe casi religiosa, que, cuando al fin me despojase yo de este cuerpo largo, huesudo y barbudo, reviviría en aquellos preciosos ojos azules, en aquellos cabellos rubios, finos y sedosos, en aquellas manitas abultadas y rosadas que tan tiernamente me acariciaban el rostro y se enlazaban en mi cuello...

Inquietábame el porvenir de Sonia, me horrorizaba. Su padre era Orlov; su partida de nacimiento la apellidaba Krasnovsky, nombre de su padre legal. Y el único hombre que sabía su existencia y que se interesaba por ella, hablo de mí, entreveía ya el fin de su misión. Había que ocuparse seriamente en la niña.

Fuí a casa de Orlov.

Me abrió la puerta un viejo alto, sin bigote, probablemente alemán. Paulina, que estaba arreglando el salón, no me reconoció. En cambio Orlov me reconoció al momento.

—¡Hola! ¡Señor terrorista! — exclamó, mirándome con curiosidad y riéndose—. ¿Qué aires le traen por aquí?...

No había variado: el mismo rostro cuidado y desagradable, el mismo matiz de ironía. Sobre la mesa, como en lo pasado, había un libro nuevo,

y en el libro un cortapapel de marfil. Al llegar yo, al parecer, leía.

Me indicó un asiento, me ofreció un cigarro, y con la delicadeza de las personas muy bien educadas, disimulando la desagradable impresión que le producían mi cara y mi flaca figura de hombre que llega a su fin, me dijo, como de pasada, que yo nada había cambiado y que era fácil reconocerme, a pesar de mi larga barba.

Hablamos del tiempo, de París...

Para librarse cuanto antes de la triste e inevitable pregunta que a ambos nos atormentaba, me dijo:

—¿Ha muerto Zenaida Fedorovna?

—Sí, ha muerto — contesté.

—¿De parto, verdad?

—Sí, de parto... Es decir, el médico sospechó otra causa. Pero para usted y para mí es preferible suponer que murió de dar a luz a su hija.

Lanzó un suspiro, impuesto por las leyes sociales, y hubo una pausa, un momento de reflexión, uno de esos instantes en que la resignación purifica los corazones y mejora el alma humana.

Al poco rato prosiguió Orlov:

—Como usted ve, en mi casa todo continúa igual que antes. No hay grandes modificaciones — añadió al ver que yo examinaba detenidamente el despacho—. Mi padre se ha retirado. Yo sigo en el mismo ministerio. Pekarsky... ¿se acuerda de Pekarsky?... continúa siempre igual... Grou-

zine murió de difteria, el año pasado... Koukouchkine vive y se acuerda de usted con frecuencia.

Y a propósito — añadió Orlov bajando la vista, — al saber quién era usted, dijo en todas partes que usted le había asaltado con intención de matarle, y que le costó gran trabajo escapar...

Yo contesté con el silencio.

—Los viejos criados no olvidan a sus amos — prosiguió diciendo Orlov, a modo de broma: — le agradezco que haya venido a verme... ¿Quiere usted tomar café o una copita de oporto?

—No, gracias, Jorge Ivanitch... Lo que me ha traído aquí es un asunto muy grave.

—No soy muy aficionado a cosas graves. Pero tendré mucho gusto en complacerle. ¿En qué puedo servirle?

—He aquí lo que ocurre — contesté emocionado—. Tengo en casa a la hija de la difunta Zenaida Fedorovna. Hasta ahora, me he cuidado yo de su educación; pero, como usted ve, el día menos pensado puedo desaparecer: ¡se me acaba la vida!... Quisiera morir pensando en que queda asegurada la existencia de esa niña.

Orlov se puso ligeramente colorado, mohino, y me dirigió una mirada rápida y severa. Lo que le afectaba no era precisamente el "asunto grave" en sí mismo, sino más bien mis observaciones sobre mi próxima muerte.

—Sí — respondió, — hay que pensar en ello.

Y colocóse la mano a modo de visera, como para protegerse los ojos contra el sol:

—Se lo agradezco—añadió—. ¿Dice usted que es niña, verdad?

—Sí, una niña... Una nena admirable.

—Sí... claro está... No es un perrito, es un ser humano... Hay que reflexionar detenidamente... Por mi parte, estoy absolutamente dispuesto a hacer todo lo posible y se lo agradezco infinito.

Se levantó, dió algunos pasos por el cuarto, mordiéndose las uñas, y se detuvo ante un cuadro, volviéndome la espalda.

—Hay que reflexionar detenidamente — repetía con voz sorda—. Esta tarde veré a Pekarsky, y le encargaré que se vea con Krasnovsky. Supongo que Krasnovsky no tendrá inconveniente en encargarse de la niña.

—Dispense usted — repliqué, levantándome y yendo a examinar otro cuadro; — pero no sé lo que pueda tener que ver Krasnovsky en este asunto.

—¡Es que la niña lleva su apellido! ¡A lo menos así lo espero! — dijo Orlov.

—¡Oh! si miramos desde el punto de vista legal, es posible que él tenga que recoger a la niña; pero no he venido a hablarle de leyes, Jorge Ivanitch.

—Sí, es verdad—asintió vivamente Orlov—. No cabe duda de que digo tonterías; mas no se preocupe por esto. Lo arreglaremos todo de común acuerdo. De un modo o de otro, hallaremos solución para tan delicado asunto. Pekarsky lo arreglará todo... Tenga la amabilidad de dejarme su

dirección y le escribiré en seguida la resolución que tomemos... ¿Dónde vive usted?

Orlov apuntó mi domicilio, suspiró y dijo con una sonrisa:

—¡Ah! ¡qué trastorno ser padre de una hijita, Dios mío! ¡Pero Pekarsky lo arreglará todo! Es un señor inteligente... ¿Se ha quedado usted mucho tiempo en París?

—Unos dos meses.

Callamos durante algunos momentos. Orlov, temiendo seguramente que volviese yo a hablar de la niña y queriendo desviar mi atención, continuó:

—Ya no se acordará usted de que me escribió una carta. La he conservado. Sobrado comprendo el estado de ánimo en que estaba usted entonces, y la verdad, aprecio su carta. "Maldita sangre helada... asiático... risa irónica...", ha salido muy bien y es bastante típico — prosiguió, sonriendo irónicamente—. La idea principal se acerca mucho a la verdad, convengo en ello, si bien... sobre eso se podría discutir hasta lo infinito... Es decir, que podría discutirse, no la idea en sí misma — añadió algo cohibido, — sino el modo de ver usted la cuestión, lo que llamaría yo su temperamento... Sí; mi vida es anormal, torpe, no vale nada, es cierto. Sí; el desprecio me impide empezar otra existencia mejor... también tiene usted razón en ese punto... Pero, en cambio, no la tiene cuando se deja usted conmover por todo eso hasta entregarse a la desesperación.

—Un hombre de corazón no puede dejar de

conmoverse, no puede dejar de desesperarse al ver a los demás perecer y al notar que él mismo perece.

—¡Claro que no! Por eso no preconizo yo la indiferencia; sólo pido que se considere la vida de una manera más objetiva, nada más... Cuanto más objetivo se es, tanto menos expuesto se halla uno a error. Hay que llegar al fondo de las cosas y buscar la causa fundamental de cada fenómeno. Somos débiles, enclenques, caducos: nuestra generación se compone de neurasténicos y gemidores; no hacemos más que hablar de cansancio y lasitud, sí, es verdad. Pero ni usted ni yo tenemos la culpa: tanto unos como otros, somos demasiado pequeños para que pueda depender de nuestra voluntad la suerte de toda una generación. Las causas de este fenómeno serán probablemente numerosísimas y de orden más bien biológico. Somos neurasténicos, débiles, despreciables; pero ¿quién sabe si todo esto no será conveniente y hasta necesario para las generaciones futuras?... La Sagrada Escritura afirma que no cae un sólo cabello de nuestra cabeza sin la voluntad del Padre Eterno; nosotros aseguramos que, tanto en la naturaleza como en los medios humanos, nada es producto de la casualidad. Todo se encadena y nada hay que no sea necesario. Y, desde el momento que es así, ¿para qué escribir cartas desesperadas?

—Tal vez sea cierto cuanto usted me dice —le contesté, tras un momento de reflexión—. También yo creo que las generaciones venideras se

orientarán en la vida mejor y más fácilmente que nosotros; nuestra propia experiencia podrá servirles. Pero uno quiere vivir para sí mismo y no para las generaciones sucesivas, o cuando menos, no exclusivamente para ellas. La vida se nos concede una sola vez. Se quisiera vivirla de una manera enérgica, sensata, bella. Se quisiera representar un papel importante, un papel capital... Se desearía participar de la historia, de tal manera que las generaciones futuras no digan, no tengan motivos para decir que cada uno de nosotros: "Era una nulidad", u otra cosa peor... Reconozco la necesidad, la cualidad de conexión de cuantos fenómenos se producen en torno nuestro; pero ¿qué me importan esa conexión y esa necesidad, y para qué habría de sacrificarles mi propio "yo"?

—¿Y qué puede hacerse? ¿Cómo impedirlo? — dijo Orlov, suspirando.

Luego se levantó, como para darme a entender que había terminado la conversación.

Yo le imité.

—Apenas hemos pasado juntos media hora, y ¡cuántos problemas agitados! — dijo finalmente Orlov, acompañándome al vestíbulo—. Y respecto del asunto en cuestión, puede usted estar tranquilo; hoy mismo haré cuanto sea preciso y veré a Pekarsky.

Esperó que me pusiera el abrigo, y se veía que estaba muy contento ante la idea de que yo iba a marcharme al instante.

—¡Jorge Ivanitch, devuélvame mi carta! — le dije.

—¡Con mucho gusto! ¡A sus órdenes!

Se fué al despacho y al minuto volvió, con mi carta en la mano. Le di las gracias y me marché.

Al día siguiente recibí una misiva suya. Me daba la enhorabuena por la solución hallada al asunto: "Pekarsky — escribía — conocía a una señora que tiene una casa de huéspedes, en la que admite hasta niños pequeños. Esta persona es de absoluta confianza; pero antes de entrar en tratos con ella, habría que ver a Krasnovsky, por cuestión de fórmula y para satisfacer las conveniencias sociales y los trámites de ley".

Me recomendaba que fuese en seguida a casa de Pekarsky, con la partida de nacimiento de la niña, si yo la tenía:

"Reiterándole la seguridad de mi más distinguida consideración, quedo de usted atento y seguro servidor"...

Yo leía esta carta, y Sonia, instalada ante una mesa, mirábame atentamente, sin sospechar que en aquel momento se decidía su propia suerte...

FIN

INDICE

CAPITULO	PAGINA
I	7
II	15
III	19
IV	29
V	39
VI	51
VII	65
VIII	71
IX	77
X	83
XI	93
XII	105
XIII	117
XIV	121
XV	125
XVI	133
XVII	137
XVIII	149

FERROCARRILES DEL ESTADO

La Administración General de los Ferrocarriles del Estado tiene establecido un servicio permanente de trenes de pasajeros y transporte de cargas que recorren las mejores zonas de Córdoba, Santa Fé, Catamarca, San Juan, La Rioja, Santiago del Estero, Tacumán, Salta y Jujuy hasta La Quiaca.

Todas la riquezas naturales del suelo argentino y las fuentes mas importantes de la producción nacional, podrán visitarse en agradables excursiones de turismo, en coches con todo el confort moderno y atendidos por un inmejorable personal de servicio. Usando las líneas del Estado se comprobará las ventajas de los viajes cómodos y las economías sobre el precio de los pasajes y fletes de cargas.

Adquiera o subscríbase a la Revista Nacionalista RIEL Y FOMENTO que aparece el 20 de cada mes, esmeradamente impresa y con un excelente material gráfico y de lectura.

Para datos e informes, dirigirse a la Administración General:

PERÚ 672 - BUENOS AIRES

TALLERES GRAFICOS EL INCA
MÉJICO 1416 — BUENOS AIRES

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028266974